



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad de Filosofía práctica

Trabajo Fin de Máster

CERTEZA Y CONCIENCIA EN JAIME BALMES

Autor: Maria Rodríguez Vivas

Tutor: Manuel Fraijó Nieto

RESUMEN

Balmes fue un gran pensador y, aunque se acercó a diferentes disciplinas destaca la unidad de pensamiento en toda su obra. Aunque algunas corrientes filosóficas o escuelas de pensamiento tuviesen gran influencia en su propia filosofía, Balmes es conocido por su innovación e independencia. El tema en torno al cual gira toda su obra es la certeza y la verdad; y para llegar a la verdad existe un método basado, fundamentalmente, en los criterios de verdad: la conciencia, la evidencia y el sentido común. El criterio de conciencia o criterio de sentido íntimo ayuda al ser humano a descubrir las verdades subjetivas, todo ello dentro de un orden moral. El pensamiento balmesiano se fundamenta en una primera certeza origen de las demás que es Dios porque, como notable humanista, Balmes se preocupa de todo aquello que forma parte del ser humano, incluido lo trascendental.

Palabras clave: Balmes, certeza, conciencia, criterio, evidencia, orden moral, pensamiento, sentido común, verdad.

ABSTRACT

Balmes was a great thinker and although approached different disciplines emphasizes the unity of thought in all his work. Although some philosophical or schools of thought they had great influence on his own philosophy, Balmes is known for its innovation and independence. The issue revolves around which all his work is the certainty and truth, and to get to the truth there is a method based primarily on the criterion of truth: conscience, evidence and common sense. The judgment of conscience or inner sense approach helps humans to discover the subjective truths, all within a moral order. «Balmesiano» thinking is based on a first certainty other source that is God because as remarkable humanist Balmes cares about everything that is part of human being, including the transcendental.

Keywords: Balmes, certainty, conscience, criterion, evidence, moral order, thought, common sense, truth.

ÍNDICE

1.- ¿Por qué Balmes?.....	7
2.- Capítulo I: Introducción a la vida y obra de Jaime Balmes.....	13
1.- La época que vivió Balmes.....	13
2.- Biografía.....	16
3.- La obra de Balmes.....	19
3.1.- Cronología.....	19
3.2.- Algunas de las principales obras.....	21
3.- Capítulo II: Fundamentos del pensamiento balmesiano.....	25
1.- Fuentes del pensamiento balmesiano.....	27
1.1.- San Agustín.....	27
1.2.- Balmes y la escolástica. Santo Tomás de Aquino.	
La «neoescolástica».....	29
1.2.1.- La escolástica. Santo Tomás de Aquino.....	29
1.2.2.- La «neoescolástica».....	32
1.3.- Balmes y Descartes.....	34
1.4.- Balmes y Kant.....	35
1.5.- Balmes y Buffier.....	36
1.6.- Balmes y la filosofía escocesa del sentido común.....	37
1.7.- Balmes y la escuela catalana de filosofía.....	39
1.8.- A modo de resumen.....	40
2.- Algunos temas del pensamiento balmesiano.....	41
2.1.- La certeza.....	41
2.2.- La dimensión religiosa del ser humano.....	41
2.3.- La moralidad.....	42
2.4.- El pensamiento social y el pensamiento político.....	42

4.- Capítulo III: De la certeza.....	43
1.- ¿Certeza o verdad? El concepto.....	43
2.- Tipos de certeza y tipos de verdad.....	50
2.1.- Tipos de certeza.....	50
2.2.- Tipos de verdad.....	52
2.2.1.- Verdades reales y verdades ideales.....	52
2.2.2.- Verdad «fuente» o «semilla» y verdad «fundamento» o fundamental.....	53
2.2.3.- Verdades subjetivas, verdades racionales y verdades objetivas.....	54
3.- Criterios de verdad.....	55
4.- Acceso a la verdad.....	57
4.1.- Dificultades para acceder a la verdad.....	58
4.1.1.- Dificultad de proponerse el debido fin.....	58
4.1.2.- Despropósito y entendimientos torcidos.....	59
4.1.3.- Las pasiones: orgullo y vanidad.....	60
4.1.4.- La pereza.....	61
4.2.- Vencer las dificultades.....	62
4.2.1.- Conocimiento de los medios.....	62
4.2.2.- El buen sentido.....	62
4.2.3.- La humildad cristiana.....	63
4.2.4.- Justo medio.....	64
5.- El orden moral.....	65
5.- Capítulo IV: De la conciencia y su relación con la verdad y la certeza.	67
1.- ¿Qué es la conciencia?.....	67
2.- Principio y criterio de conciencia.....	72
3.- De la relación de la conciencia con la verdad y la certeza.....	76
6.- A modo de conclusión.....	81
BIBLIOGRAFÍA.....	91

¿Por qué Balmes?

Esta es la pregunta que me he visto obligada a responder en numerosas ocasiones desde que empecé a interesarme por el pensamiento balmesiano. Pero no tengo una única respuesta. Fueron varios los factores que incidieron en la decisión de dedicar mi trabajo a la filosofía de Balmes.

En primer lugar, me interesó Balmes por el hecho de ser para mí un filósofo bastante desconocido; hace algún tiempo que empecé a leer algunas de sus obras y parte de otras. Me llamó especialmente la atención la forma de conjugar en ellas la visión filosófica y la teológica. Como me dijo un profesor en cierta ocasión: “al fin y al cabo, se trata de las ciencias del espíritu”.

Balmes era filósofo y teólogo, hombre de firmes convicciones religiosas. Su obra se halla impregnada por la filosofía tomista pero mi intuición me llevaba a pensar que tenía algo novedoso, algo diferente. Y esa intuición me impulsaba a interesarme cada vez más por su obra e intentar descubrir qué había de novedoso en ella.

Su pensamiento giraba en torno a la búsqueda de la verdad y a los criterios correctos a seguir para llegar a ella. Y yo pensaba cuando lo leía: “¿Qué es la filosofía, sino el preguntarse por la verdad?”

Y llegar a la verdad, entendida como la realidad de las cosas, es el objetivo fundamental de la filosofía balmesiana:

«El pensar bien consiste o en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas».¹

También existe esa necesidad de búsqueda de la verdad en el ámbito de la religión, de las creencias. Porque el hombre precisa descubrir algo más allá de las evidencias. Según las diferentes disciplinas o las distintas visiones o perspectivas, los métodos para encontrar la verdad son diferentes y la conclusión también puede serlo. Pero Balmes, en su pensamiento y en su obra, parece aunarlos todo con sencillez moviéndose por la fina línea divisoria que a veces hay entre filosofía y teología. Ese diálogo permanente entre filosofía y teología en la obra balmesiana provocó mi

¹ Balmes. *El Criterio*, cap. 1, n. 1

curiosidad y mi interés por su estudio. Quizás esa curiosidad tenía su origen en mis pensamientos, estudios y lecturas anteriores como:

«Las ciencias del espíritu suelen estar interrelacionadas. De ahí que no sea posible –ni deseable– aislar escrupulosamente los géneros. De alguna forma, se hace siempre presente la mezcla, la impureza que enriquece. Es, probablemente, el caso de la filosofía de la religión. Es como un mar que se alimenta de muchos ríos».²

Por todo ello, pensé en Balmes como «filósofo de la religión». Buscaba la verdad, la certeza, a través de esa mezcla, la de sus valores morales y convicciones religiosas con el método propio de la filosofía.

Por otra parte, se trata de un filósofo relativamente cercano en tiempo y en lugar. No dista mucho su lugar de nacimiento y de residencia respecto al mío o al de muchos de sus lectores. Tampoco en el tiempo dista demasiado porque el siglo XIX no es tan lejano desde la perspectiva de la historia de la filosofía. Se trató, por mi parte y en cierto modo, de un modesto intento de recuperar (aunque fuese por un breve espacio de tiempo) la figura de un filósofo español que, aunque cercano en algunos aspectos, me resultaba al mismo tiempo lejano y bastante desconocido. De ahí derivó parte de mi interés por él.

Mi primera impresión era que Balmes no se trataba de un filósofo demasiado estudiado y, por consiguiente, creí que sería acertada mi idea de conocerlo con algo más de profundidad. Pero mi sorpresa fue grata cuando empecé a descubrir numerosos estudios, artículos, obras y opiniones de todo tipo sobre la figura de Balmes y el pensamiento balmesiano. De alguna manera me reconfortaba pensar que no había caído en el olvido su obra y su genialidad.

Pero también pude comprobar que tenía sus detractores y que éstos fueron numerosos en su época y *a posteriori*. Así lo expresa, por ejemplo, Manuel Suances:

«Fue un pensador libre e independiente; por eso le llovieron improperios de todas partes. Los progresistas lo tildaron de ser uno más de los escolásticos; éstos, a su vez, lo tacharon de heterodoxo y progresista. Su actitud de búsqueda incondicional de la

² Fraijó, Manuel. *Filosofía de la religión. Estudios y textos*, p. 40-41

verdad le valió ser el filósofo más destacado de la primera mitad del siglo XIX español».³

En sentido despectivo se expresó también Unamuno:

«No he podido volver a leer a Balmes. Cuando lo he intentado, me ha saltado al punto a la vista la irremediable vulgaridad de su pensamiento, su empacho de sentido común. Y el sentido común, como dicen que decía Hegel, bueno para la cocina. Con sentido común no se hace filosofía...»⁴.

Se ha tachado a Balmes de ser el filósofo del sentido común y por ello se le ha denostado en numerosas ocasiones. Pero no creo que Balmes entienda el «sentido común» al modo de la escuela escocesa porque él mismo equipara el sentido común con el «instinto intelectual» como modo de conocimiento de la verdad objetiva. El sentido común sirve para buscar un tipo determinado de verdad y debe acompañar siempre a la conciencia y a la evidencia. Y son, aunque anteriores, las propias palabras de Balmes las que parecen dar respuesta a la acusación de vulgaridad y de no ser un verdadero filósofo:

«La razón, el sentido común, la conciencia, no son exclusivo patrimonio de los filósofos: pertenecen a todos los hombres; por lo que la filosofía moral debe comenzar interrogando al linaje humano, para que de la respuesta pueda sacar qué es lo que entiende por moral o inmoral y cuáles son las condiciones constitutivas de estas propiedades».⁵

Aquí llego a entrever un Balmes humanista, un Balmes que hace extensivo a todos los aspectos del ser humano y a todos los seres humanos el objeto de sus criterios de búsqueda de la verdad.

Evidentemente, no se puede obviar la situación personal del autor y su educación religiosa; tampoco se puede olvidar la situación histórico-social que le tocó vivir.

³ Suances Marcos, Manuel. *Historia de la Filosofía Española contemporánea*, p. 27

⁴ Unamuno, M. *Contra esto y aquello*. Madrid, 1910

⁵ Balmes. *Filosofía elemental. Ética*, cap. I, n. 5

Porque todo ello, en su conjunto, tiene una clara influencia en su pensamiento y, por consiguiente, en toda su obra. En otro apartado intentaré explicarlo de manera breve.

Hasta aquí he intentado contestar a una primera pregunta: ¿Por qué Balmes?

Pero se me ocurren otras preguntas supletorias o que pueden acompañar a la primera: ¿Por qué la certeza? ¿Por qué la conciencia?

Aquí la respuesta es más simple. En torno a la certeza gira todo el pensamiento balmesiano. Podemos encontrar la frase de Balmes que nos lo explica en su *Filosofía fundamental*:

«La filosofía debe comenzar no por disputar sobre el hecho de la certeza sino por la explicación del mismo. Toda la filosofía tiene su fundamento en la certeza como hecho innegable y que no admite duda. El objeto de la filosofía es explicarla y no demostrarla.»⁶

No podía conocer a Balmes y su obra si no me acercaba a su idea de la certeza y la verdad. Y debía intentarlo. Porque la primera pregunta que me sugirió la lectura de su obra fue si «certeza» y «verdad» son lo mismo o no. En ocasiones me parecía entender que sí y otras veces que no. Finalmente, se aprecia en Balmes una definición clara de lo que es una cosa y otra. Porque la certeza lo es respecto a la verdad y se ha de entender, según el filósofo, como «asenso de esa verdad». En cierto modo, se podría decir que la certeza certifica esa verdad.

Siempre parte el autor de una primera verdad que es Dios y que da como cierta. El punto de partida, por tanto, se encuentra en una visión de la filosofía desde la perspectiva del hombre y filósofo creyente. Pero esa visión particular de Balmes engrandece aún más su filosofía porque mira con esmero al hombre y surge así su profundo humanismo. Porque el hombre es capaz de conocer, el saber es connatural al ser humano; pero una premisa básica incluida en el pensamiento balmesiano es que para conocer se han de tener en cuenta todas las dimensiones del hombre, también la trascendental. En caso contrario, el conocimiento y el saber no serían posibles, porque sin la guía de esa luz cierta (que es Dios) el ser humano no sería capaz de encontrar el camino de la verdad.

⁶ Balmes. *Filosofía fundamental*, Libro primero, cap. II, n. 7

Por otra parte, la certeza no admite duda y entiende que no es función de la filosofía, como el mismo autor sugiere, dudar de lo que ya es cierto y como cierto se ha de admitir. La filosofía debe ocuparse de explicar esas certezas, no se debe perder en la duda sobre ellas.

La búsqueda de la verdad se ha de hacer de forma efectiva y recta, dentro de un orden moral. Por consiguiente, se tiene que seguir un método sistematizado y compuesto por todos los criterios de verdad porque los criterios de verdad se complementan entre sí y cada uno de ellos o la combinación entre ellos ayudará al hombre a buscar un tipo de verdad. En tanto que existen diferentes tipos de verdad, éstas tienen que ser alcanzadas a través de distintos medios; esos medios son lo que Balmes denominará «criterios».

Finalmente, en referencia a la conciencia o sentido íntimo, aunque ésta debe ir unida a la evidencia y al sentido común para obtener la verdad, es esencial porque es principio fundamental del contenido subjetivo. Y todo lo que vive la conciencia es, como la certeza, un hecho innegable. Aunque la conciencia es imprescindible no es suficiente y debe ir acompañada de los otros principios fundamentales de verdad. La conciencia es un punto de apoyo, una base en el camino de la verdad. Pero en ese camino necesita esa compañía de la evidencia y el sentido común.

A pesar de la importancia de los tres principios o, incluso, lo conocida que es la denominación que algunos autores dan a Balmes como «filósofo del sentido común», me interesó especialmente conocer más detalles de la conciencia. Porque Balmes califica la conciencia como primer principio fundamental. Porque de los hechos de conciencia surgirá el resto de la verdad, no emanando de este primer principio como si de una fuente se tratase, sino porque la conciencia nos sitúa en el campo de las verdades reales, de lo que sucede en el interior del sujeto.

Balmes entiende que sólo puede haber un principio fundamental que, al mismo tiempo, sea fuente de toda verdad; ese principio origen de todo sólo puede ser Dios, fuente iluminadora de toda verdad. El principio de conciencia es sustento de verdad pero no fuente, es esa la diferencia. Aunque Balmes lo cita como primer principio, no es que exista una preeminencia sobre los otros dos principios fundamentales, sino que se entiende que en lo subjetivo es donde se origina el camino de la verdad.

Es en lo más íntimo del sujeto donde se origina el conocimiento, pero esos actos internos se han de extender a los objetos para que el ser humano pueda adquirir el conocimiento científico. El paso a ese entendimiento práctico requerirá, por tanto, de la intervención de la evidencia y el sentido común o instinto intelectual. Pero el primer paso en el camino hacia la verdad lo da la conciencia. De ahí mi especial interés por este principio fundamental. Y de ahí que escogiese la conciencia y no los otros principios o criterios de verdad para llevar a cabo mi modesta aportación.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN A LA VIDA Y OBRA DE JAIME BALMES

Algo necesario para conocer el pensamiento de un filósofo y su obra es también, según mi opinión, conocer algo de su vida y de la situación histórico-social que vivió. Por ello, en este capítulo pretendo descubrir algunos datos biográficos de Balmes que quizás a lo largo de todo el trabajo me ayuden a comprender su filosofía y su manera de tratar los conceptos a los que más me quiero acercar.

1.- La época que vivió Balmes

Jaime Luciano Balmes nació en 1810 y murió en 1848. Vivió, por tanto, una época convulsa y de grandes cambios a nivel político y social en España. En este apartado sólo quiero destacar algunos de los hechos más importantes acontecidos durante la primera mitad del siglo XIX.

En 1808, poco antes del nacimiento de Balmes, se constituyó la Junta Central como máximo órgano de gobierno en España. Dicha Junta inició un proceso revolucionario con la convocatoria de las Cortes en Cádiz. En 1810, la Junta cedió su poder a la Regencia y en 1812 se aprueba la Constitución que acaba con el Antiguo Régimen, iniciando una serie de reformas en las estructuras de poder: la abolición del poderío señorial propio del sistema feudal, las primeras desamortizaciones de los bienes de la Iglesia y la supresión de la Inquisición en 1813.

En 1814 regresa Fernando VII que restablece el régimen absolutista y disuelve las Cortes de Cádiz. Hasta 1820 reina Fernando VII cuyo interés principal es la represión de los liberales. Se trata del sexenio absolutista.

Tras muchos intentos de desestabilización del régimen absolutista, en 1820 el teniente coronel Riego proclama de nuevo la Constitución de 1812. Al encontrarse en una encrucijada, Fernando VII se ve obligado a jurar la Constitución. Pero intentará boicotear todos los intentos de los liberales por llevar a cabo una labor de gobierno. El Trienio liberal de 1820 a 1823 es una época de gran inestabilidad política que acaba con la escisión de los liberales, aunque éstos en el poder practican una política claramente anticlerical por ser la Iglesia de aquel momento gran defensora del régimen absolutista.

De esta manera, se lleva a cabo la expulsión de los jesuitas, las desamortizaciones de los bienes de las órdenes religiosas, etc.

En 1830 nace la hija de Fernando VII. Previamente, el rey abolió la Ley Sálica para que su hija pudiese reinar a su muerte que aconteció en 1833. Carlos, hermano del rey muerto, quiso hacer valer sus derechos dinásticos. Se inicia así una guerra civil entre el bando carlista y el bando isabelino. El primero defendía el absolutismo y el tradicionalismo católico y agrupaba a todos los partidarios del Antiguo Régimen, contrarios al régimen liberal, con gran influencia en zonas rurales en el País Vasco y Navarra. Por su parte, el bando isabelino defendía los derechos de Isabel II (asumía su regencia la madre de ésta, María Cristina) y fue apoyado por los liberales. Los grandes estrategias a nivel bélico en esta contienda fueron Espartero (por parte de los isabelinos) y Zumalacárregui por parte de los carlistas, sucedido el segundo a su muerte por Maroto, quien firmó la paz con Espartero en 1839.

En 1834, la regente María Cristina había aprobado el Estatuto Real, fruto de pequeños acuerdos con los liberales moderados. Pero había descontento entre los liberales más exaltados, denominados progresistas y ello acabó con la imposición a la regente de la suspensión del Estatuto Real y la proclamación de nuevo de la Constitución de 1812. Finalmente, la Regente tuvo que marchar de España en 1840 y asumió la regencia el general Espartero de 1841 a 1843. En Barcelona se estaban provocando grandes revueltas contra Espartero que provocaron la marcha de Balmes a su ciudad natal, Vic.

En 1842, Jaime Balmes viajó a París y allí conoció a los partidarios exiliados de don Carlos y de María Cristina. Incluso se llegó a entrevistar con Martínez de la Rosa, liberal moderado que fue hombre de confianza de la Regente.

En 1843, Balmes presencia el bombardeo de Espartero en Barcelona. En 1844 fundó el periódico *El pensamiento de la nación*, con la intención de exponer sus ideas políticas y promueve la candidatura del marqués de Viluma que perdió las elecciones. Balmes intenta influir en el matrimonio de Isabel II y con ese objetivo viajó a Madrid en 1846; pero sus planes políticos fueron destruidos con el Decreto que anuncia la boda de Isabel II con su primo. Además el periódico liberal *El español* publicó un artículo calumnioso contra Balmes al que él mismo respondió en su “Vindicación personal”,

artículo publicado en *El pensamiento de la nación* el 19 de agosto de 1846, tal y como se muestra a continuación:

“«Por lo visto, continua el corresponsal, el Sr. Balmes ha soltado la máscara, y decidióse por los carlistas extremos. Luego vayan Vds. a creer en sus palabras, mansas en apariencia, de conciliación y olvido de todo lo pasado, con que quiere embaucar a sus lectores. Es de advertir que el Sr. Balmes, el campeón del carlismo, había defendido, o al menos encomiado en algunas ocasiones muy *públicas* el sistema representativo.» Falta a la verdad el corresponsal del *Español* cuando esto asegura. Todo lo que he escrito sobre política y sobre cualquiera otra materia lleva mi firma: el público lo conoce todo; y sabe [516] si soy consecuente. En cuanto a otras ocasiones, he hablado en público en dos puntos, en Cervera y en Vich, en sermones o en discursos académicos; y apelo al testimonio de cuantos me han oído para que digan si jamás, jamás, me oyeron ni elogio ni vituperio del gobierno representativo, ni una palabra que se rozase con la política. Viven los testigos: en medio de ellos escribo: que me desmientan si faltó a la verdad. «Y por esto, prosigue el corresponsal del *Español*, ha sido siempre muy mal mirado del clero, hasta tal punto, que cuando hizo oposiciones a una canonjía de su patria, los jueces dijeron públicamente, que aunque él era el que había hecho mejor oposición no querían dársela porque era negro.»”¹

Esta es sólo una referencia a algunas de las cosas que se publicaron en contra del autor. Finalmente, el 31 de diciembre de 1846 publica el último número de *El pensamiento de la nación*. Y en 1847 empieza la edición de su *Escritos políticos*.

Otro fragmento interesante de su “Vindicación personal” nos puede dar idea de la influencia de la situación política en la obra de Balmes:

“En el momento de terminar la guerra civil me fui a Barcelona, donde en medio de las revueltas de que era teatro aquella capital, y en los mismos días en que era asesinado y arrastrado un joven que llevaba mi apellido, imprimí y publiqué un folleto titulado: *Consideraciones políticas sobre la situación de España*.

Muchos que ahora la echan de valientes no se hubieran atrevido seguramente, y menos en Barcelona, a publicar semejante escrito, en que condenaba terminantemente la revolución, y en que manifestaba francamente mi opinión sobre todas las materias, encerrando allí en pocas palabras toda la sustancia de lo que después he desenvuelto en el *Pensamiento de la Nación*. No tenía ninguna defensa; y hasta mi estado podía prevenir contra mi persona: publiqué sin embargo el escrito, no obstante los consejos y hasta los ruegos de las personas que mas me querían. Todos sabemos lo que sucedió entonces: con algunas excepciones honrosas, los comprometidos echaron a correr cada cual por su lado. Bien atestiguado está

¹ Balmes. *Vindicación personal*

en el Manifiesto de la Reina Cristina en Marsella, donde se lamenta del abandono en que se la dejó. Yo no defendí a la Reina Cristina, porque me ocupó muy poco de las personas; pero defendí los buenos principios religiosos y monárquicos; [520] defendí la necesidad de que fuese regente una persona real, no obstante de que se veían bien claras la tendencia de la revolución y la ambición de Espartero; y hablé con toda libertad en favor de los carlistas, haciendo justicia a sus convicciones, a sus intenciones y asegurando ya entonces lo que sostengo ahora, que no era posible consolidar un sistema político hasta que se hiciese entrar a ese gran partido como un elemento de gobierno: los carlistas acababan de sucumbir; y la revolución estaba pujante. Quien de tal modo se conduce ¿será un hombre sin principios?»²

2.- Biografía

Nacido el 28 de agosto de 1810 en Vic (Barcelona). Era el cuarto de nueve hermanos de una familia humilde. Su padre era curtidor en una fábrica, un trabajador modesto que dedicó toda su vida a sacar esa familia adelante. Su madre era una mujer muy creyente que asistía a misa a diario y que llevaba con ella desde muy pequeño a su hijo Balmes. Quizás su padre fue el que le inculcó, a través del ejemplo, su capacidad de trabajo. Porque Balmes gozaba de esa capacidad. Su madre fue quien le animó a estudiar, a seguir la carrera eclesiástica y quien le inculcó la costumbre del rezo diario y la práctica religiosa. Así lo explica Benito García de los Santos:

«Sus padres fueron modelos de virtud y de honradez. Su padre era hombre de un entendimiento muy claro, de tenaz memoria y de carácter serio. La madre, tipo de todas las virtudes, estaba dotada de un gran talento y de una firmeza de carácter que influyeron notablemente en la educación de su hijo, á quien enseñaba, mas que con reflexiones, con el ejemplo.»³

Y sigue más adelante:

«La madre de Balmes fue quien, por los medios de que puede disponer una muger de grandes recursos morales, le hizo acostumbrarse desde muy pequeño á observar rigurosamente las prácticas religiosas.»⁴

² Balmes. *Vindicación personal*.

³ García de los Santos. *Vida de Balmes*, p. 2

⁴ *Ibíd.*, p. 3

No se puede obviar tampoco la ciudad en la que nació y vivió los primeros años de su vida. Vic es una pequeña ciudad del centro de Cataluña, situada en la denominada «Plana de Vic» y rodeada de hermosas montañas. Es un lugar en el que hace mucho frío en invierno y mucho calor en verano; y se dice que el clima en el que se desarrolla la persona también influye en la conformación del carácter. Puede ser que ello imprimiese en Balmes parte de su austeridad y de su disposición a sobrellevar lo mejor posible todo lo que en su vida aconteciese. Era austero en el comer y en el vestir. Según cuentan algunos de sus biógrafos, comía muy poco y ayunaba a menudo; vestía de manera muy sencilla: con hábito para ir a la iglesia y con traje de seglar para el resto, siempre de negro. En invierno llevaba capa.

Entró en el seminario de Vic en 1817 donde estudió gramática latina, retórica y filosofía. En 1824 hizo unas oposiciones a una beca de seminarista y, aunque fue el mejor, le fue denegada., hecho al que se refiere en alguno de sus escritos.

En 1826 inició sus estudios de teología en la Universidad de Cervera, donde también estudió la filosofía moderna, adquiriendo un extenso conocimiento del racionalismo desde Descartes a Kant que, sin duda, influyó notablemente en su pensamiento. Profundizó también en la escolástica, sobre todo con la lectura asidua de la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino, cuyo pensamiento se deja entrever particularmente en algunas de las obras de Balmes.

En 1827, con tan sólo diecisiete años, estuvo a punto de morir. Estaba en la Universidad de Cervera y sufrió tuberculosis, incluso le administraron la Extremaunción. Aunque consiguió superar la enfermedad en ese momento, esa debilidad de salud le acompañó durante toda su vida y hasta su temprana muerte.

Un detalle que nos puede dar idea de la capacidad de lucha contra la adversidad que caracterizaba a Balmes es que, a pesar de su enfermedad y de la recomendación de sus profesores (viendo su debilidad) de dejar los estudios y volver a Vic, no se echó atrás en ningún momento. Y continuó.

En 1830 obtuvo el título de Bachiller en Teología, en 1833 la licenciatura en Teología y en 1835 el Doctorado en Teología. Fue ordenado sacerdote en septiembre de 1834.

En 1833 se presentó a unas oposiciones en Cervera y Vic que no superó. En 1834 presentó una instancia para una cátedra de sustituto en Cervera que también le fue denegada. Finalmente, en 1837 consigue una cátedra de matemáticas en Vic.

Después de una estancia en Barcelona, en agosto de 1840 vuelve a Vic. En 1841 se traslada de forma definitiva a Barcelona. Pero, como consecuencia de los disturbios que hay en dicha ciudad, vuelve a Vic en octubre. En 1842 viaja por primera vez a París para editar en francés su obra *El protestantismo* y allí conoce gran parte de la sociedad exiliada de España, los partidarios de Don Carlos y de la reina Maria Cristina. Durante unos días viaja a Londres y vuelve a París desde donde viajará directamente a Madrid para volver a Barcelona con posterioridad, donde los días 2 y 3 de diciembre presencia el bombardeo de Espartero. Dada la situación de inestabilidad en Barcelona, en 1843 decide pasar el mes de agosto en una casa de campo lejos de la ciudad. Volvió a Barcelona en noviembre cuando la ciudad ya se había rendido al sitio de Espartero.

En 1844 va a Madrid para inaugurar el periódico político *El pensamiento de la nación*. Después viajará a Bélgica donde conocerá a Monseñor Pecci, futuro León XIII. Tras esta visita vuelve a París de nuevo. En octubre del mismo año volverá a Madrid y en noviembre a Barcelona. En 1847 viajará por última vez a París y a Madrid. Con motivo de su grave enfermedad, que le persiguió toda su vida, regresa a Barcelona para después trasladarse a Vic.

Falleció en 1848 debido a la tuberculosis que le acompañó desde la adolescencia. Ese mismo año, Benito García de los Santos publicó el libro sobre su vida. Conocía Balmes, había paseado con él y había mantenido correspondencia con él y con su hermano durante los últimos días del filósofo. Por tanto, era gran conocedor de su carácter, de su forma de vivir y de su forma de pensar. Decía que de lo que más orgulloso se sentía Balmes era de su título de presbítero; por eso, siempre acompañaba su firma en la correspondencia y en sus obras filosóficas y religiosas. No lo utilizaba en sus escritos políticos porque consideraba que nada tenía que ver. Era una persona modesta, no le gustaba hablar de sí mismo y cuando lo alababan se callaba con suma prudencia. De la obra de este autor se pueden extraer las grandes virtudes de Balmes como hombre: su respeto por todas las personas y por el ser humano, su gran capacidad de trabajo, su modestia y su independencia, fruto de sus convicciones y de su fe.

Balmes pensaba a menudo en la muerte y hablaba de ella con naturalidad a sus amigos. Explica el mismo autor que cuando Balmes empezaba una obra siempre quería acabarla pronto, como si esperase que la muerte le pudiese impedir acabarla en cualquier momento.

3.- La obra de Balmes

A pesar de su muerte prematura, a los 38 años, Balmes fue un autor prolífico y que desarrolló su obra en diferentes dimensiones: la apologética, la filosofía y la política. De una gran capacidad reflexiva, fue un hombre implicado con la sociedad que lo tocó vivir e incesante perseguidor del conocimiento y de la verdad.

Original e innovador en su época, expuso su teoría sobre la certeza de forma diferente. Porque para él la certeza es un hecho innegable que no admite ninguna duda.

Para conocer mejor al autor, creo conveniente reflejar cronológicamente su obra y después obtener unas pinceladas de algunas de la más importantes, sobre todo las referentes a la dimensión filosófica de su pensamiento. Aunque es evidente que su obra filosófica no se puede entender sin su interés por lo apologético o por lo político. Porque la búsqueda de la verdad afecta a todas las dimensiones del ser humano.

3.1.- Cronología

En 1836 empezó a escribir algunas composiciones poéticas y en 1837 algunos pequeños escritos apologéticos. En 1838 se publicaron sus primeros escritos en algunos periódicos.

En abril de 1840 publica *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del Clero*. Las desamortizaciones y la política liberal seguramente influyeron de forma notable en la decisión de escribir esta obra. Ese año empieza a escribir *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*⁵, obra que se publicaría años después.

El 1 de agosto del mismo año (1840) empieza publicarse en Barcelona la revista *La civilización*, en la que colabora Balmes. El mismo año publica *La religión demostrada al alcance de los niños*, obra con la que intenta explicar de forma pedagógica la verdad en la que él cree.

⁵ De ahora en adelante, *El protestantismo*.

En 1842 publica los dos primeros volúmenes de *El protestantismo*. Viaja a París y a Londres para preparar las ediciones e la obra en francés y en inglés.

En 1843 decide dejar de colaborar en la revista *La civilización* para publicar él solo *La sociedad*. Se publica también el tercer volumen de *El protestantismo*.

Cuando empieza el sitio de Barcelona, el 1 de octubre de 1843, decide marcharse al campo y allí escribe *El criterio* en un mes, aunque no se publicará hasta dos años más tarde.

En 1844 se va a Madrid para fundar el periódico político *El pensamiento de la nación* y se publica el cuarto volumen de *El protestantismo*. También ese año sale el último número de *La sociedad*.

En 1845 se publica *El criterio*. Se encuentra trabajando en su *Filosofía fundamental* que será publicada en 1846 (los cuatro volúmenes con pocos meses de diferencia). El 5 de agosto del mismo año el periódico liberal *El español* publica el artículo contra la persona de Balmes y él mismo contestará el 13 de agosto mediante el artículo *Vindicación personal*, publicado en *El pensamiento de la nación* el día 19 de agosto. El 31 de diciembre se publica el último número de este periódico. Y también en 1846 se publica su obra *Cartas a un escéptico en materia de religión*.

En enero de 1847 se empieza a publicar la *Filosofía elemental*, aunque la sigue escribiendo. También ese año empieza la edición de sus *Escritos políticos* que se acabará de editar en febrero de 1848.

En 1847 escribió y publicó *Pío IX*. Además, empezó la traducción latina de la *Filosofía elemental* aunque ya no pudo acabarla, debido a su enfermedad.⁶

Se publicaron algunas obras póstumas: *Escritos póstumos* (1850), *Poesías póstumas* (1850) y *Calendari Catalil* (1905).

Se puede observar que en poco más de una década Jaime Balmes elaboró y publicó numerosas obras sobre temas trascendentales relacionados con los diferentes aspectos de la vida del ser humano: las creencias, las ideas y los sentimientos (religiosos, personales o políticos). Ello demuestra que se trata de un autor profundamente humanista. Así lo expresa, por ejemplo, Manuel Suances:

⁶ Aunque he utilizado diferentes fuentes para elaborar la biografía y la cronología de la obra de Balmes, sobre todo me he basado en su propia obra y en el libro de Misericòrdia Anglés que se relaciona en la bibliografía: *Els criteris de veritat en Jaume Balme*, el cual incluye una extensa e interesante cronología final.

«El hilo conductor del pensamiento de Balmes es un profundo humanismo. El objeto de su estudio es el hombre integral en todos sus aspectos; de ahí las diversas perspectivas de su amplia y variada obra. El hombre es un microcosmos en que deben ser integrados el conocimiento, el ser, la conducta moral social y política y, también, la dimensión trascendente que aborda la religión.»⁷

3.2.- Algunas de las principales obras

En este apartado pretendo dar algunas referencias sobre algunas de las obras más importantes de Jaime Balmes, centrándome sobre todo en las que han sido objeto de mayor estudio por mi parte a la hora de elaborar el presente trabajo.

De la misma manera que no se puede entender el ser humano desde una única perspectiva, tampoco se puede entender a Balmes desde una sola faceta. Balmes fue filósofo de la historia, pero también teólogo, filósofo, político y sociólogo. De ahí que en este punto no pueda ignorar alguna de sus grandes obras aunque no se ciña de forma estricta a la perspectiva filosófica del autor.

Aunque en la actualidad pueda parecer algo caduco, se debería comprender el pensamiento balmesiano en función de la situación social y política de aquel momento. Y también se debería entender que Balmes fue un hombre de profundas convicciones religiosas y, en consecuencia, su obra filosófica se encuentra impregnada de esa espiritualidad que lo caracterizaba. Ello no debe ser motivo de menosprecio; por lo contrario, creo que es interesante observar la profundidad del pensamiento filosófico de este autor, siempre fiel a sus convicciones pero, al mismo tiempo, salvaguardando la frontera entre las diferentes disciplinas que él dominaba y a las que dedicó su obra. Además, no se puede entender la filosofía de Balmes sin una visión transversal del conjunto. Se puede afirmar que el objeto de su pensamiento es el ser humano desde lo trascendente; y en lo trascendente incluye las creencias.

El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea.

En esta obra Balmes defiende la influencia que la Iglesia Católica debería tener en la sociedad. No se puede obviar aquí la situación política española que no era,

⁷ Suances Marcos, Manuel. *Historia de la filosofía española contemporánea*, p. 28

precisamente, demasiado favorable a la Iglesia. Por tanto, no descarto situar esta obra dentro del pensamiento político del filósofo al tratarse, en cierto modo, de una defensa de los valores del Antiguo Régimen. Pero *El protestantismo* es básicamente una filosofía de la historia. Y se puede entender también como una gran defensa de la dignidad del ser humano, por lo que tampoco se puede descartar su inclusión en el área estrictamente filosófica; al inicio del capítulo XXII Balmes define «el individuo» de la siguiente manera:

«*El individuo*: hé aquí el elemento más simple de la sociedad, hé aquí lo primero que debe estar constituido por decirlo así, hé aquí lo que en siendo mal comprendido y apreciado, será un eterno obstáculo á la medra de la verdadera civilización. Ante todo es necesario advertir que aquí se trata solo del individuo, del hombre tal como es en sí, y prescindiendo de las numerosas relaciones que le rodean, luego que se pasa á considerarle como miembro de una sociedad. Mas no se crea por esto que voy á considerar el hombre en un completo aislamiento, llevándole al desierto, reduciéndole al estado salvaje, y analizando el individualismo como nos le ofrecen algunas hordas errantes, excepcion monstruosa que solo ha podido resultar de la degradación de la naturaleza humana.»⁸

En este fragmento, el mismo autor sitúa el individuo en una sociedad pero defiende que el ser humano no es sólo el miembro de esa sociedad y no se puede considerar únicamente como individuo, sino como un todo. De lo contrario, se pierde la realidad y lo trascendente de la naturaleza humana.

Siguiendo en el mismo capítulo, topamos con lo definitivamente trascendental, que es Dios:

«Pero sin olvidar que el hombre no está solo en el mundo, y que no ha nacido para vivir solo; sin olvidar que el hombre, á más de lo que es en sí, forma tambien parte del gran sistema del universo, y que á mas de los destinos que le corresponden como comprendido en el vasto plan de la creación, está elevado por la bondad del Criador, á otra esfera mas alta, superior a todo pensamiento terreno.»⁹

⁸ Balmes. *El protestantismo*, vol. 2, p. 15

⁹ *Ibid.*, vol. 2, p. 16

De manera similar a como califica Balmes el ser humano, como un todo, como un conjunto, yo me atrevo a considerar *El protestantismo* como el «todo» del pensamiento balmesiano. En tanto que se trata de una obra que atiende a los diferentes intereses del autor (la política, la sociología, la filosofía de la historia, etc.) trasciende a todos los niveles de su pensamiento, traspasando sus creencias a todas las esferas de su creación.

Por otra parte, se desprende del título que esta obra es también una comparación entre protestantismo y catolicismo. Por su educación y vinculación personal, es evidente que Balmes realiza una defensa a ultranza de la Iglesia Católica. Pero es una defensa en las formas porque en el fondo es, en realidad, una defensa del cristianismo. El autor hace referencia a la lucha de la Iglesia Católica y afirma que no hubiese llegado a ser una institución robusta y con influencia en la civilización europea si, como el protestantismo, se tratase de una «idea religiosa abandonada al capricho del individuo».¹⁰

Cartas a un escéptico en materia de religión

Publicada en 1846, se trata de una compilación de veinticinco cartas que, como su propio título indica, Balmes dirige aun escéptico en materia de religión. En cada una de las cartas explica un tema como: cuestiones sobre el escepticismo, multitud de religiones, la existencia de Dios o la verdad y la fe. Se puede definir como la obra apologética por excelencia, aunque en ella trata aspectos y conceptos que también se pueden encontrar en las obras estrictamente filosóficas del autor.

Las obras filosóficas por excelencia

Son tres las obras de Balmes consideradas «filosóficas» en el sentido más estricto: *El criterio*, *Filosofía fundamental* y *Filosofía elemental*.

- ***El Criterio***

Se publicó en 1845 y fue escrita durante los bombardeos de Barcelona. Balmes define la verdad como realidad de las cosas y el «pensar bien» como conocimiento de la

¹⁰ Balmes. *El protestantismo*, vol. 2, p. 306

verdad.¹¹ El propio filósofo define qué es *El criterio*: «un ensayo para dirigir las facultades del espíritu humano por un sistema diferente de los seguidos hasta ahora.»¹²

▪ ***Filosofía fundamental***

Es la obra filosófica más importante de Jaime Balmes. Se trata de una visión global de la filosofía y consta de cuatro volúmenes o libros que se reparten de la siguiente forma:

1. *Libro primero. De la certeza*
2. *Libro segundo. De las sensaciones*
3. *Libro tercero. La extensión y el espacio*
4. *Libro cuarto. De las ideas*

En este trabajo es básico el estudio del primer libro, el que trata sobre la certeza, en el autor distingue entre dos certezas: la del género humano y la de la filosofía. Añade Balmes:

«Los medios con que percibimos la verdad son de varios órdenes, lo que hace que las verdades mismas percibidas correspondan también a órdenes diferentes paralelos, por decirlo así, con los respectivos medios de percepción».¹³

▪ ***Filosofía elemental***

Es la que se podría denominar «obra filosófica pedagógica» de Balmes, al encontrarse en ella la filosofía del autor resumida y explicada de manera sencilla e inteligible para cualquier lector. Se compone de cuatro libros: «Lógica», «Ética», «Metafísica» y «Filosofía de la historia».

Es evidente que este capítulo no tiene como objeto la explicación de cada una de las obras del filósofo, algo imposible en tan poco espacio. Sólo he tratado de dar una visión global de su trabajo antes de adentrarme en la profundidad de su pensamiento.

¹¹ Balmes. *El Criterio*, cap. I, 1.

¹² *Ibíd.*, Prólogo, p. XIV

¹³ *Ibíd.*, *Filosofía fundamental*, cap. I, 15

CAPÍTULO II

FUNDAMENTOS DEL PENSAMIENTO BALMESIANO

La línea principal del pensamiento balmesiano se encuentra en el ser humano. De ahí que a Balmes se le llegase incluso a otorgar el sobrenombre de «*Doctor humanus*».¹ Toda su obra se halla impregnada de ese humanismo entendido como preocupación por todo lo relacionado con lo humano y, especialmente, por la dimensión trascendental del ser humano en esa búsqueda ansiada de la verdad. La teoría del conocimiento de Balmes vendrá a conjugar lo humano con lo trascendental, a través de la búsqueda de la verdad y lo que en ocasiones se ha denominado la certeza de la verdad. Para llegar a ese punto existen tres criterios de verdad básicos en la filosofía balmesiana: conciencia, evidencia y sentido común. De ahí que también se le haya descrito en numerosas ocasiones (e incluso se le haya despreciado por ello) como el «filósofo del sentido común».

Cabe destacar la moderación de Balmes y también su innovación. Aunque es humanista no lo es en el sentido más estricto y extremo; aunque apele a la conciencia y al sentir más íntimo del hombre no renuncia por ello a la razón. Se podría decir que Balmes conciliaba distintas corrientes de pensamiento, en tanto que adoptaba ciertos aspectos, por ejemplo, del realismo, los aceptaba y los reinterpretaba para unirlos a otros aspectos como el religioso. En cierta manera, armonizaba el pensamiento medieval con los métodos más nuevos que tenían su origen en la Ilustración. Pero en ningún momento asumió de forma estricta ningún movimiento en concreto. Si algo caracterizó a Balmes fue su independencia y el no ser nunca excluyente. Ello se refleja, a modo de ejemplo, en sus propias palabras:

«Hay también muchos modos de conocer la verdad. No todas las cosas se han de mirar de la misma manera, sino del modo que cada una de ellas se ve mejor.»²

Admite Balmes la diversidad de métodos para llegar al conocimiento de la verdad. No deshecha ninguno de ellos porque lo importante es llegar a esa verdad y

¹ Roca Blanco, Dionisio. *Praxis humanística trascendente en J. Balmes. Gnoseología y axiología*, p. 9

² Balmes, *El Criterio*, cap. XXII, 60

escoger el mejor método posible para conseguir este objetivo. En el mismo sentido se expresa Balmes al hacer referencia al ser humano:

«Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna es intrínsecamente mala»³

Balmes entiende el hombre en toda su dimensión. Lo humano no se puede estudiar desde un único punto de vista. ¿Para qué tendría que tener el hombre diferentes facultades si alguna de ellas fuese inútil? Y nos lo explica hasta llegar a su definición de hombre:

«Cuando el hombre deja sin acción alguna de sus facultades es un instrumento al que le faltan cuerdas; cuando las emplea mal es un instrumento destemplado. La razón es fría, pero ve claro: darle calor y no ofuscar su claridad; las pasiones son ciegas, pero dan fuerza: darles dirección y aprovecharse de su fuerza. El entendimiento, sometido a la verdad; la voluntad, sometida a la moral; las pasiones, sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia.»⁴

Desde las diferentes perspectivas del hombre y, en consecuencia, desde los distintos métodos para llegar a la certeza se plantea Balmes la teoría del conocimiento. Es así como aúna todo su saber y estudio de las distintas corrientes de pensamiento con un fin último: conocer la verdad o, al menos, darnos a conocer el método para poder llegar a esa verdad. Así lo expresa Manuel Suances, refiriéndose a Balmes:

«Es de destacar que fue el primer filósofo español que conoció seriamente el criticismo kantiano. De este modo, inició la apertura de la escolástica al pensamiento moderno, impulsando la renovación de ésta. Junto a la escolástica y el racionalismo, la tercera fuente de inspiración balmesiana es la filosofía del “sentido común” que, como ha quedado dicho, se inspiró en la escuela escocesa y que tan bien cuajó en la idiosincrasia del pensamiento catalán, dando a éste una base empírica con la que

³ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, 60

⁴ *Ibíd.*

equilibró el elemento racional y abstracto. También esa línea del “sentido común” dejó su impronta en la teoría balmesiana del conocimiento.»⁵

Pero para intentar conocer el pensamiento balmesiano es imprescindible saber algo más de las escuelas filosóficas o de los filósofos concretos que pueden ser fuente de la que bebe el autor objeto de este estudio. Y eso intentaré en la primera parte de este capítulo.

Por otra parte, es también necesario establecer los conceptos básicos y los principales temas tratados en la filosofía balmesiana a modo de introducción previa al estudio de los conceptos concretos que pretendo desgarnar a lo largo de mi exposición.

1.- Fuentes del pensamiento balmesiano

1.1.- San Agustín

Algunos autores hablan de la semejanza y la conexión entre Jaime Balmes y San Agustín porque en el fondo del pensamiento de ambos está Dios. Se trata de una perspectiva en la que Dios es el principio y el fin de todo, el principio y el origen del hombre, la Verdad en mayúsculas. Es evidente que el presupuesto filosófico, tanto en san Agustín como en Jaime Balmes, es religioso y de un profundo sentimiento cristiano. De ahí que algunas características de su filosofía puedan parecer iguales. La idea de Dios como verdad absoluta o como principio y fin de todo la expresa Balmes de la siguiente forma:

«¿Existe una verdad de la cual dimanen todas las otras? En la realidad, en el orden de los seres, en el orden intelectual universal, sí; en el orden intelectual humano, no.

En el orden de los seres hay una verdad origen de todas; porque la verdad es la realidad, y hay un Ser, autor de todos los seres. Este ser es una verdad, la verdad misma, la plenitud de verdad; porque es el ser por esencia, la plenitud del ser.

Esta unidad de origen la han reconocido en cierto modo todas las escuelas filosóficas. Los ateos hablan de la fuerza de la naturaleza, los panteístas de la sustancia única, de lo absoluto, de lo incondicional; unos y otros han abandonado la idea de Dios,

⁵ Suances, M. *Historia de la filosofía española contemporánea*, p. 28

y trabajan por reemplazarla con algo que sirva de origen a la existencia del universo y al desarrollo de sus fenómenos.»⁶

En tanto que Dios es la verdad misma y sin esta verdad original no pueden existir el resto de verdades, el hombre no podrá conocer la verdad si no conoce a Dios. Esto se desprende de la lectura de este párrafo de Balmes. Pero esta idea también coincide con el pensamiento de San Agustín.

En cuanto a la conciencia, San Agustín habla frecuentemente de la «*mens*» como principio substancial y autónomo de la vida humana. La conciencia de sí mismo constituye el «yo» del sujeto. Según San Agustín el sujeto se fundamenta en la certeza de que *es* y, por ello, es consciente de que se *comprende*. En la idea del *ser* de san Agustín existe algo anterior a la intelección ,algo innato. Aunque Balmes no descarta del todo la idea de algo innato en el ser tampoco está demasiado de acuerdo con ello:

«Lo que hay de innato en nuestro espíritu es la actividad sensitiva y la intelectual; pero ambas, para ponerse en movimiento, necesitan objetos que las afecten.

El desarrollo de esta actividad principia por las afecciones orgánicas y aunque va mucho más allá de la esfera sensible, permanece siempre más o menos sujeta a las condiciones que le impone la unión del espíritu con el cuerpo.»⁷

Para Balmes no existen unos conocimientos impresos, al modo de la «*memoria Dei*» agustiniana, aunque sí admite que hay algo innato en el espíritu del hombre, no conocimiento, sino actividad sensitiva e intelectual que precisará de lo externo para desarrollarse. La perspectiva es diferente a la del agustinismo.

Aunque alguna idea balmesiana nos pueda evocar a san Agustín, no creo que ambos sean demasiado coincidentes en las líneas principales de sus respectivos pensamientos. No obstante, sí se constata cierta coincidencia a la hora de identificar la verdad absoluta con Dios y a la hora de situarlo como eje vertebrador del conocimiento del ser humano.

⁶ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. IV, 39 y 40

⁷ *Ibid.*, libro cuarto, cap. XXX, 207, 9

En lo referente a la «teoría del conocimiento», según Ferrater Mora:

«San Agustín representa la mezcla de dos ingredientes aparentemente en conflicto: por un lado, la afirmación de la realidad del alma como ser de las verdades; por el otro, la afirmación de la realidad de la Verdad suprema como foco y origen de estas verdades.»⁸

Coincide Balmes en la afirmación de la Verdad suprema cuando se refiere al Ser Creador de todos los seres como «verdad misma». Pero no por esta coincidencia y alguna más se puede afirmar que Balmes siga de manera exclusiva la línea del agustinismo filosófico. Sí se pueden vislumbrar ciertas coincidencias cuyo origen se puede explicar en la misma fe cristiana que practicaron ambos filósofos y que dieron sentido a toda su vida y a toda su obra.

Y otra característica común es que ambos ven la necesidad de conjugar fe y razón para poder llegar al conocimiento de la verdad, aunque para san Agustín es la fe la que prevalece por encima de la razón y ésta es sólo una ayuda. El ser humano no se puede valer únicamente de la fe o sólo de la razón. Ambas son necesarias para la reflexión y para iluminarnos el camino de la verdad. Y creo que así lo entendía Balmes, incluyendo los tres criterios en su búsqueda de la verdad: conciencia, evidencia y sentido común.

1.2.- Balmes y la escolástica. Santo Tomás de Aquino. La «neoescolástica»

1.2.1.- La escolástica. Santo Tomás de Aquino

No debe confundirse la escolástica con la filosofía medieval, puesto que la escolástica ha persistido en el tiempo más allá de la filosofía medieval (la denominada «neoescolástica»), aunque es la escolástica la filosofía más importante de la Edad Media y la mayoría de sus autores sean «medievales». El término «escolástica» proviene de «*Scholasticus*» y significa el que enseña en una escuela; después, el que enseña en una de las escuelas monacales.

Según Ferrater Mora:

⁸ Ferrater Mora. *Diccionario de filosofía*, vol. 1, p. 76

«Las orientaciones filosóficas (de la escolástica) están determinadas en gran parte por la elaboración de comentarios y sistemas filosóficos y teológicos que se hallan “dentro” de los dogmas católicos, pero sin que ni tales dogmas ni la teología correspondiente determinen siempre y unívocamente las reflexiones propiamente filosóficas.»⁹

Se puede decir que son dos los principios en los que se basa la escolástica:

- El respeto a la autoridad de Dios
- El ejercicio de la razón.

La cuestión más importante para los filósofos de esta escuela fue la búsqueda del equilibrio entre los dos principios y la definición de la relación entre ambos. El objetivo final era conjugar el saber obtenido por los griegos a través de la experiencia y la razón con el saber recibido por el hombre a través de la revelación y de la fe.

De esta manera, fe y razón se presentan como elementos complementarios; teología y ciencia son dos ramas del saber diferenciadas pero ambas tienen como fin último la sabiduría o contemplación divina.

Centrándonos ya en Balmes, fue precisamente en esta escuela en la que él se formó. Estudió durante años la *Summa* de Santo Tomás de Aquino y, evidentemente, este hecho influyó de forma notable en su pensamiento. Se puede observar a lo largo de la obra del filósofo de Vic como también busca el equilibrio entre la fe, considerando a Dios como la «verdad misma», y el ejercicio de la razón. Pero la búsqueda de esa verdad sigue unos planteamientos diferentes en cuanto al método. La certeza, según la escolástica, halla su fundamento en la autoridad y en la evidencia. Sin embargo, para Balmes son tres los criterios de verdad: conciencia, evidencia y sentido común. Se reconocen aquí algunas similitudes pero también alguna diferencia explícita.

«Como toda cosa es verdadera en cuanto que tiene la forma propia de su naturaleza, es necesario que el entendimiento, en cuanto que conoce, sea verdadero en cuanto tiene la imagen de lo conocido, que es la forma del entendimiento en cuanto que conoce. Y, por eso, la verdad se define como la adecuación entre el entendimiento y el objeto. De ahí que conocer tal adecuación sea conocer la verdad.»¹⁰

⁹ Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía*, vol. 2, p. 1060

¹⁰ *Suma Teológica*, I, q.16, a.2

Parece que existe un paralelismo en el pensamiento de Balmes en cuanto al conocimiento cuando habla de que la certeza debe acompañar necesariamente a la actividad de conocer antes de que exista cualquier tipo de reflexión. Así lo podemos leer del propio Balmes cuando afirma:

«La certeza no nace de la reflexión; es un producto espontáneo de la naturaleza del hombre, y va aneja al acto directo de las facultades intelectuales y sensitivas. Como que es una condición necesaria al ejercicio de ambas, y que sin ella la vida es un caos, la poseemos instintivamente y sin reflexión alguna, disfrutando de este beneficio del Criador como de los demás acompañan inseparablemente nuestra existencia.»¹¹

Mientras Balmes habla de las «facultades intelectuales» y las «facultades sensitivas», Santo Tomás lo hacía del «conocimiento sensible», del que están también dotados los animales, y del «conocimiento intelectual», específico del hombre. Sin duda son equivalencias que tienen su origen en la comprensión del hombre como compuesto hilemórfico, es decir, dotado de un cuerpo material y de un alma espiritual, creado así por Dios (el «Criador» al que se refiere Balmes).

Algunos autores han llegado a afirmar que Balmes fue el verdadero restaurador de la filosofía cristiana según el pensamiento de Santo Tomás. Y otros piensan que sólo se le puede considerar restaurador en algunos de los temas porque en otros difiere notablemente de ese pensamiento (como en el caso de la «certeza») y, en consecuencia, no se puede calificar a Balmes como «neotomista» en tanto que no asume de forma absoluta el contenido total de sus proposiciones.

La realidad es que Balmes fue un pensador que defendió la fe cristiana y en ella se fundamenta su vida y su obra. Pero todo ello sin fundamentalismos; porque Balmes gozó de un espíritu abierto a las diferentes corrientes filosóficas y, de esa manera, se convirtió en un innovador en su época, intentando impregnar su pensamiento con su fe pero también con las visiones más modernas. Su independencia es su característica más destacable y su objetivo final fue el conocimiento, la búsqueda de la verdad, a través de los métodos que le permitiesen llegar a ésta sin rechazar ninguno por el hecho de no adscribirse al pensamiento más tradicional.

¹¹ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. III, n. 16

1.2.2.- La «neoescolástica»

Me refiero aquí a «neoescolástica» como la escuela de pensamiento seguidora y restauradora del pensamiento tomista y escolástico en la época moderna y contemporánea. Y mi objetivo en este punto es saber si se puede considerar a Balmes como escolástico o, quizás mejor, «neoescolástico».

Se ha escrito mucho sobre Balmes y algunos autores han pretendido incluirlo en alguna escuela o corriente. Pero la mayoría coinciden en afirmar que no se puede afiliar a Balmes a ninguna escuela concreta, tampoco dentro de la filosofía cristiana. Ello no quiere decir que su creación filosófica no tenga ningún tipo de influencia y haya surgido de la nada, evidentemente.

Existe la denominada «filosofía perenne»: ésta ha intentado conciliar la filosofía con la enseñanza de la fe. Sus orígenes los podemos encontrar en Platón o Aristóteles y su sistematización es atribuible a la escolástica y, en concreto, a Santo Tomás. Posteriormente, a los filósofos que han perpetuado a lo largo de los siglos esta corriente de pensamiento. En referencia a la relación de Balmes con la escolástica se expresa Fidel García de la siguiente manera:

«A quien coincida en sus elementos sustanciales y perennes con esta filosofía, podrá llamársele, en un sentido verdadero, no ya filósofo cristiano, sino aun filósofo escolástico. No lo será de esta o la otra escuela; ni por ciertas características secundarias de método y de sistema; pero lo será en el fondo y en la sustancia.»¹²

Es obvia la influencia de la filosofía cristiana y, concretamente, de la escolástica en la base del pensamiento balmesiano. Pero, tal y como señala este autor, las coincidencias son de fondo. Pero la sistematización y el método que sigue no puede adscribirse a esta escuela filosófica.

En la época de Balmes, la escolástica estaba en decadencia y tenía numerosos detractores que basaban su crítica en la defensa a ultranza de las ciencias naturales y las ciencias exactas. Es decir, no tenían en cuenta que ambas ciencias podían ser complementarias. Y si se aceptaba lo moderno, de ninguna manera se podía aceptar nada de lo antiguo, únicamente se podía rechazar.

¹² García, Fidel. *Balmes filósofo*, p. 5

De esta manera, Balmes se encontró en el centro de las críticas. Por una parte, aquellos que lo acusaron de traicionar la más profunda filosofía cristiana al aceptar algunas de las tesis modernas. Y por otra parte, los que lo tacharon de retrógrado por estudiar en profundidad y aceptar también gran parte de las tesis de la escolástica.

«Teniendo , pues, en cuenta este ambiente adverso, por una parte y por otra, la libertad de espíritu de Balmes, que dice que la verdad no se puede vincular a ninguna escuela ni sistema, hemos de concluir que el escolasticismo fundamental de Balmes fue sostenido por él contracorriente y sin ningún estímulo ni impulso de parte de nada ni de nadie. Lo cual demuestra su clarividencia y su audacia intelectual y lo constituye héroe benemérito de la restauración escolástica, o si se quiere, de la inauguración de la filosofía cristiana contemporánea.»¹³

Aquí, Camilo Riera, da una motivación clara por la cual sí se debe considerar la figura de Balmes como perteneciente al movimiento de la restauración escolástica. Pero yo difiero por algunos motivos que referiré brevemente. Balmes introduce en su línea de pensamiento algunas ideas que no podrían ser aceptadas por los escolásticos, por ejemplo el «sentido común» como principio o criterio de verdad. O la aceptación, aunque con sus propias modificaciones, de algún principio cartesiano referentes a la conciencia; o bien la inclusión de algún parámetro kantiano en su obra. Así lo expresa otro autor:

«(...) el vínculo de unión del pensador vicense es indudablemente fuerte con la filosofía escolástica, conociendo a Suárez y a los grandes maestros, pero también se encuentran elementos importantes de la filosofía moderna enriquecidos y adaptados con doctrinas y opiniones de Descartes, Locke, Kant, Condillac, etc. Se hallaba muy próximo al tomismo aunque sin identificarse con él y sin caer en un doctrinarismo neotomista. Pretendía enlazar el empirismo con el racionalismo cartesiano, y su afinidad con Reid y la escuela escocesa del sentido común le liga a la denominada escuela catalana de filosofía.»¹⁴

¹³ Riera, Camilo. *Importancia de Balmes como filósofo*, p. 3

¹⁴ Verganzones, J. *El pensamiento de Balmes*, p. 172

Teniendo en cuenta todas estas influencias, no se podría considerar a Balmes como restaurador de la escolástica en el siglo XIX, en tanto que muchas de sus tesis no serían ni aceptadas por los propios «neoescolásticos».

1.3.- Balmes y Descartes

Balmes da por supuesto el hecho de la certeza y considera que la filosofía debe ocuparse de explicarlo, siempre con las limitaciones del conocimiento humano. En este sentido, no está de acuerdo con Descartes porque el planteamiento cartesiano implica primero una duda absoluta para llegar a una certeza sin ninguna duda. Y no tiene en cuenta las limitaciones del conocimiento humano de las cuales sí es consciente Balmes.

En cuanto a los criterios para conocer la verdad, se puede observar una relación entre Balmes y Descartes en las consideradas «verdades de conciencia». La idea cartesiana del «yo pienso, luego existo» parece enlazar con la idea balmesiana de la «conciencia del yo» como principio fundamental del ser humano: primero debe ser consciente de su propia existencia para poder conocer después. Pero Balmes va más allá y considera que la conciencia por sí sola no puede ser el único criterio de verdad. En cambio, Descartes se limita a considerar la conciencia como único principio de conocimiento. Para Balmes es necesaria la conciencia pero son también imprescindibles otros criterios como la evidencia y el sentido común; la conciencia no sería suficiente por sí misma.

Se podría decir que Descartes considera la conciencia como pensamiento en sí misma. Sin embargo, Balmes lo cuestiona aunque considere que se conoce la conciencia por el pensamiento. Pero no todo es crítica al método cartesiano pues Balmes también valora el interés de Descartes por el conocimiento de la verdad, objetivo último del ser humano.

«Ya dejamos claro que la primacía de lo subjetivo frente a lo objetivo supuso un insospechado giro epistemológico que dejó profundas huellas en nuestro autor. Este planteamiento no es ignorado por Balmes, sino que, en cierta forma, hace suyo a referirse al problema que atormenta a la filosofía fundamental, es decir, al paso de la apariencia subjetiva a la realidad objetiva. Esta cercanía de pensamientos ha llevado a algunos autores a pensar en una semejanza de posturas o, mejor, en una dependencia balmesiana de la filosofía de Descartes, como un fiel seguidor de sus doctrinas, o que

sus planteamientos obedezcan más a una inspiración cartesiano-idealista que escolástico-realista.»¹⁵

Creo que es exagerado admitir una dependencia balmesiana del pensamiento de Descartes. Si bien es cierto que puede tener alguna relación o cercanía, este no es un argumento concluyente que pueda originar esta afirmación.

Balmes se ha referido, en ocasiones, al principio de conciencia como «principio de Descartes»¹⁶. Es innegable que Balmes conoce el pensamiento cartesiano pero también se refiere a él de la siguiente manera:

«...el “luego existo” no es, rigurosamente hablando, una consecuencia del “yo pienso”, sino la intuición de la idea de existencia en la de pensamiento.»¹⁷

De esta manera, Balmes dice que la idea de Descartes implica que su principio de conciencia incluya también la idea de ser. Y para Balmes el principio del ser no tiene por qué ser consecuencia de la conciencia del pensamiento en sí mismo.

1.4.- Balmes y Kant

Balmes conoció en profundidad el pensamiento de Kant y rechazó su perspectiva. El pensador alemán atacó la moral cristiana por considerar que se trataba de una moral interesada. Por su parte, Balmes establece que el conocimiento y la libertad son los pilares del orden moral. En consecuencia, en el orden moral todo depende del conocimiento y libertad del que obra y «este conocimiento y libertad deben ser capaces de referirse al mismo orden moral» (Balmes, *Filosofía elemental. Ética*, cap. II, n. 10).

Además, para Balmes la moral es útil, ha de ayudar al hombre a encontrar la felicidad. No está de acuerdo con el pensamiento kantiano en el sentido de que la moral debe ser estrictamente formal y no tiene que estar unida a la felicidad. Balmes no distingue aquí entre el individuo y la sociedad, porque si un individuo estuviese solo en el mundo y no perteneciese a ninguna sociedad, también tendría un orden moral, el que lo acercaría a Dios, vinculando así la utilidad a la moral como vía hacia la felicidad.

¹⁵ Verganzones, J. *El pensamiento de Balmes*, p. 173

¹⁶ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro quinto, cap. I, n. 5

¹⁷ *Ibíd.*, libro primero, cap. XIX, n. 185

1.5.- Balmes y Buffier

Se ha comentado mucho la posible relación de Balmes con la filosofía del «sentido común» y, concretamente, con la filosofía escocesa. Pero la filosofía escocesa y el pensamiento de Balmes respecto al sentido común podrían tener origen en el pensamiento de Buffier, según algunos autores.

De hecho, en *Filosofía elemental. Historia de la filosofía*, Balmes se refiere en algunas ocasiones a Buffier y siempre lo asocia a la filosofía escocesa. Precisamente, el título del capítulo es «Buffier y la filosofía escocesa» y Balmes explica lo siguiente:

«Las obras del P. Buffier, hombre de entendimiento muy claro y de carácter enemigo de toda exageración, tienen ahora más nombradía de la que alcanzaron en su tiempo; no hay historia de la filosofía donde no se hable con elogio del sabio jesuita. La razón de esto se encuentra en que al parecer la escuela escocesa observó que sus doctrinas tenían analogía con las del modesto escritor, y el amor propio francés no ha podido menos de hacer notar la coincidencia.»¹⁸

Buffier escribió varias obras que se podrían clasificar como «estrictamente filosóficas» recopiladas en un volumen de *Oeuvres Philosophiques du Père Buffier*, obra con la que contaba Balmes en su biblioteca particular. Es evidente que Balmes conocía el pensamiento de Buffier pero otra cosa es que éste fuese tan influyente como se ha dicho en la obra del pensador catalán o en la filosofía escocesa.

El P. Buffier distingue entre «verdad interna» y «verdad externa». Aquí se podría establecer una equivalencia con lo que Balmes denomina «verdades ideales» y «verdades reales». Y, además, para ambos pensadores no puede haber ciencia sin una combinación de los dos tipos de verdad.

Establece Buffier dos primeros principios de verdad: el «sentimiento o sentido íntimo» y el «sentimiento o sentido común», el primero en relación a las verdades internas y el segundo en lo referente a las verdades externas. Se puede determinar también en este punto un paralelismo con el pensamiento balmesiano, en tanto que el sentimiento íntimo o el que nos descubre las verdades internas podría tratarse de la «conciencia»; y el sentimiento o sentido común encontraría su equivalencia en el «sentido común o instinto intelectual» balmesiano.

¹⁸ Balmes. *Filosofía elemental, Historia de la filosofía*, libro segundo, n. 302

Pero, al mismo tiempo, hay una gran divergencia en la capacidad del «sentido común» para uno y otro autor. Según Buffier, el sentido común por sí solo puede descubrirnos las verdades externas, mientras que para Balmes el sentido común necesita de los otros criterios de verdad para la obtención de resultados y nada puede hacer sin la participación de la conciencia y la evidencia.

En su tesis doctoral, Jesús Verganzones lo explica así:

«Pero al lado de estas coincidencias, se encuentran discrepancias en el alcance y consecuencias del llamado sentido común, es decir, en la solución al problema gnoseológico. Si bien, para Balmes, el sentido común o instinto intelectual juega un importante papel pero siempre en conjunción armónica con los otros criterios igualmente válidos; para Buffier, el sentido común fundamenta, por sí sólo, las verdades externas, es decir, es criterio único y suficiente en la explicación del problema gnoseológico. Su justificación proviene del campo subjetivo, -sólo cuenta la evidencia subjetiva-, y da origen a las primeras verdades o verdades de sentido común.»¹⁹

Y en las conclusiones de su obra, Misericordia Anglès no duda en afirmar que «hay una relación entre la filosofía de Balmes y Buffier pero no tanto directamente como indirectamente a través de la filosofía eclesiástica ecléctica del sentido común.»²⁰

1.6.- Balmes y la filosofía escocesa del sentido común

El sentido común es entendido por Balmes como «instinto intelectual». Y él mismo dice que «consiste en una inclinación natural de nuestro espíritu a dar su asenso a ciertas verdades, no atestiguadas por la conciencia, ni demostradas por la razón.» (*Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XXXII, n. 316-318). Explica la naturaleza de este criterio cuando afirma que «no se limita al valor subjetivo de las ideas, se extiende al objeto.»

Es evidente aquí la relación del concepto «sentido común» con la escuela escocesa del sentido común. Porque ese instinto intelectual es capaz de captar aquello que no se puede conocer únicamente a través de la experiencia y la razón. De esta

¹⁹ Verganzones, J. *El pensamiento de Balmes*, p. 182-183

²⁰ Anglès, M. *Els criteris de veritat en Jaume Balmes*, p. 303. Texto original: «Hi ha relació entre la filosofia de Balmes i Buffier, però no tan directament com indirectament i a través de la filosofia ecléctica del sentit comú.»

manera, admite Balmes un criterio fuera de la lógica de la razón aunque posible gracias a esa capacidad de que está dotado el hombre. Por tanto, me pregunto si en realidad no se trata de un criterio de verdad que, aunque en cierta manera goza de independencia porque permite el paso de la representación subjetiva a la realidad objetiva, no podría existir sin el primer criterio que es la conciencia y que dota al ser de esa capacidad de «saber que es». Pero Balmes deja claro a qué llama él «sentido común»:

«He llamado instinto intelectual a ese impulso que nos lleva a la certeza en muchos casos sin que medien el testimonio de la conciencia ni el de la evidencia.»²¹

Y es que aunque no medien la conciencia ni la evidencia en esos casos, no se puede obviar que los criterios de verdad no deben abordarse de forma aislada, dado que las facultades humanas tampoco pueden obrar por separado en tanto que son parte de un conjunto. Subyace aquí el humanismo destacado de Balmes. Entre las condiciones que tiene el verdadero sentido común, según Balmes, una es que «toda verdad de sentido común tiene por objeto la satisfacción de alguna gran necesidad de la vida sensitiva, intelectual o moral.» (*Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XXXII, n. 327). En consecuencia, tal y como dice Forment, esta concepción del sentido común extensible a todos los ámbitos de la vida y asimilable a «instinto intelectual» no encaja en la idea de «sentido común»:

«El sentido común balmesiano expresa, por tanto, la orientación general del hombre hacia la verdad y el rechazo instintivo al error.

A veces, se ha considerado a Balmes como el autor de una filosofía del “sentido común”, incluso según el modo de la escuela escocesa. Esta doctrina del instinto intelectual del sentido común invalida totalmente esta interpretación.»²²

Es innegable el conocimiento que Balmes tenía de algunos autores de la escuela escocesa, aunque sólo cita en alguna de sus obras a Reid y a Dugald-Stewart, siempre relacionándolos con Buffier, al que considera como antecesor de esta escuela. Por consiguiente, no se puede negar que en ese conocimiento Balmes pudiese encontrar

²¹ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XV, n. 155

²² Forment, E. “Balmes y el criterio para filosofar”, *Anuario filosófico*, p. 536

algunas ideas que le llevaran a formular su teoría personal del sentido común. Pero ello no significa que Balmes aceptase sin más todos los postulados de esta corriente del pensamiento. Como dice Misericordia Anglès:

«Balmes no está vinculado directamente a la escuela escocesa. Aunque conocía a Dugald-Stewart no se trataba de un conocimiento a fondo de la filosofía escocesa y, en todo caso, no es a ésta a la que debe su concepto de instinto intelectual.»²³

1.7. – Balmes y la escuela catalana de filosofía

Con el nombre de escuela catalana de filosofía se denomina la filosofía del sentido común, influenciada claramente por la filosofía escocesa, cuyos máximos representantes fueron Martí d'Eixalà y Llorens i Barbà. Esta escuela aceptó los principios de la filosofía escocesa del sentido común y, por este motivo, se relaciona también a Balmes con ella. En ese sentido se expresa. J. Verganzones:

«En primer lugar, encontramos plena coincidencia en ambos filósofos (Balmes y Llorens) en el intento de salvar a la filosofía, sobre todo, de las amenazas del idealismo y del escepticismo, coincidencia extensible también a la filosofía del sentido común – apuntada ya por el P. Buffier-, y a la escuela escocesa. De otra parte, podemos subrayar asimismo otros puntos de contacto y de influencias entre todos aquellos pensadores que de alguna manera se pueden incluir como filósofos del sentido común sintetizándolos en algunos rasgos, como el rigor en el pensamiento, su inclinación hacia los análisis psicológicos que ya encontramos en Luis Vives y Ramon Llull y que caracterizan el “seny” catalán o “buen sentido” y, en general, en quienes se apoyan en el sentido común con sentido amplio y genérico.»²⁴

Pero este argumento no basta para incluir la figura de Balmes, de forma plena, en esta corriente de pensamiento. Si bien pueden darse algunas coincidencias también se pueden encontrar algunas divergencias, las mismas que existían entre Balmes y la escuela escocesa.

²³ Anglès, M. *Els criteris de veritat en Jaume Balmes*, p. 303. Texto original: «*Balmes no està vinculat directament a l'escola escocesa. Encara que coneixia Dugald-Stewart no es tractava d'un coneixement a fons de la filosofia escocesa i, en tot cas, no és aquesta la deu del seu concepte d'instint intel·lectual.*»

²⁴ Verganzones, J. *El pensamiento de Balmes*. p. 120

No se puede expresar de mejor manera a como lo hace Manuel Suances que sitúa a Balmes como «el pensador más significativo de la escuela catalana» pero con salvedades:

«Pero el pensador más significativo de esta escuela catalana fue Balmes, aunque su obra siguió un derrotero diferente al de sus colegas catalanes. Compartió con ellos el sentido común como criterio de verdad, pero adaptado a las exigencias de la escolástica en el marco de su confrontación con la filosofía moderna. Así pues, su obra abre un diálogo que oscila entre la asunción de las tendencias modernas y la renovación de la escolástica. El resultado es una visión realista del mundo que atiende a la fundamentación del conocimiento y que se proyecta en el análisis de los problemas sociales y políticos y en la defensa de la fe.»²⁵

1.8.- A modo de resumen

Por lo expuesto hasta el momento, se puede observar que la filosofía de Balmes no pertenece en exclusiva a ninguna corriente de pensamiento o movimiento filosófico concreto. Se le ha intentado encasillar en muchas ocasiones pero no hay evidencia más clara en el pensamiento balmesiano que su independencia.

Es evidente la estrecha relación entre Balmes y la escolástica y el conocimiento profundo del pensador catalán sobre sus premisas y sobre los postulados tomistas que, en realidad, son fundamento básico de la filosofía balmesiana. Pero Balmes se puede considerar un innovador que amplía el pensamiento de la filosofía cristiana y lo abre a las tesis de otros pensadores como Descartes, Buffier y las diferentes escuelas del sentido común, etc.

Balmes es un pensador atípico que no podemos incluir en su totalidad en ninguna de las escuelas o corrientes aunque asuma principios de varias de ellas. Pero lo magnífico en Balmes es que, en cierta manera, «repiensa» todas esas premisas para sistematizar un nuevo método con el objetivo último de encontrar la verdad; y que expone a través de su obra, con claridad y sencillez. Y ese método no es admisible únicamente a nivel filosófico, sino que aúna el pensamiento de Balmes en todas las disciplinas que toca: política, sociología, filosofía y teología. Balmes es el exponente de lo que el defiende: el ser humano en su integridad.

²⁵ Suances, M. *Historia de la filosofía española contemporánea*, p. 27

2.- Algunos temas del pensamiento balmesiano

A través del acercamiento a Balmes por su coincidencia o no con los postulados de los diferentes movimientos filosóficos que pueden ser fuente de su pensamiento, me he encontrado con los grandes temas tratados por el filósofo y que en este apartado sólo pretendo enumerar brevemente. El estudio en profundidad de algunos aspectos los llevaré a cabo en sucesivos apartados.

2.1.- La certeza

Es el gran tema en torno al cual gira toda la filosofía balmesiana. La búsqueda de la verdad es para Balmes el objetivo básico del ser humano y, por consiguiente, del filósofo que también es ser humano. Esa verdad que, según su perspectiva cristiana, trasciende lo humano para dirigirse hacia Dios.

Balmes aúna pensamiento filosófico y pensamiento teológico con toda la naturalidad y sencillez que supone entender al ser humano en todas sus dimensiones.

Para llegar a esa verdad, Balmes estudia el concepto e intenta establecer unos criterios que ayudarán al hombre en su búsqueda. Son tres los principios o criterios de verdad: conciencia, evidencia y sentido común. Todos ellos son imprescindibles y deben entenderse en su conjunto y no por separado, igual que debe entenderse el hombre en su conjunto y no cada uno de los aspectos del hombre.

2.2.- La dimensión religiosa del ser humano

Como filósofo cristiano, Balmes se preocupa de manera especial por la dimensión trascendental y religiosa del ser humano, sin excluir por ello ningún otro aspecto del hombre.

Para Balmes, la gran Verdad será encontrada por el hombre en otro mundo. Pero aquí, en este mundo, también debe buscar siempre la verdad, sentirla y transmitirla, dando sentido a cualquier proyecto en su vida terrenal.

En este sentido, Balmes es un gran defensor de la dignidad humana, de la libertad siempre integrada en un orden moral. Y es en base a esa libertad cuando el hombre puede razonar, descubrir y optar por vivir esa verdad temporal que puede conducirlo hasta la última y gran verdad que es Dios.

2.3.- La moralidad

Como representante, en gran medida, de la filosofía cristiana, Balmes nos habla de la trascendencia de la moral que es innata a la naturaleza humana. De esa moralidad emanará el primer principio de verdad que es la conciencia. Para Balmes «el orden moral es el orden en las criaturas, en cuanto amado por Dios.» (*Filosofía elemental, Ética*, cap. XII, n. 71). Y el bien moral es el que pueden realizar las criaturas de manera libre por el hecho de estar dotadas de inteligencia como don de Dios. Cabe destacar esa libertad de la que Dios dota al hombre para realizar el bien o el mal moral. Y es que la filosofía cristiana se basa en el amor y la libertad, en el amor por el semejante, el respeto a la dignidad humana y en la libertad para llevar a buen término esos designios o no.

2.4.- El pensamiento social y el pensamiento político

La filosofía de Balmes no se ciñe de manera exclusiva a sus obras filosóficas. Se revela también en sus escritos sociológicos y políticos. De forma paralela a su defensa del humanismo en todas sus dimensiones, adopta esa posición en todos los ámbitos de su pensamiento.

Se vislumbra en el pensamiento social de Balmes su concepto de moral y respeto a la dignidad de la persona, en la medida que defiende el bienestar del individuo y de la sociedad. Hace referencia a la desigualdad en la distribución de la riqueza y ve una solución en la moral, con la práctica de la caridad como elemento conformador del amor.

En el mismo orden moral se basa su pensamiento político. La defensa de los valores tradicionales del cristianismo es su bandera, el diálogo el medio para el consenso y la libertad es la fuerza imprescindible para llevarlo todo a cabo.

CAPÍTULO III DE LA CERTEZA

Me he permitido titular este apartado como Balmes tituló el primer capítulo del primer volumen de su *Filosofía fundamental*: «De la certeza». Y es que de la cuestión de la certeza surge todo el pensamiento balmesiano; y, al mismo tiempo, la certeza o verdad se convierte en el objetivo final del ser humano y del filósofo.

«El estudio de la filosofía debe comenzar por el examen de las cuestiones sobre la certeza; antes de levantar el edificio es necesario pensar en el cimiento.»²⁶

El mismo autor define aquí la certeza como pilar básico para el estudio de la filosofía; la certeza se convierte, pues, en el eje vertebrador de su teoría del conocimiento. Pero Balmes llega más allá, no se conforma sólo con entender que toda la filosofía se basa en la certeza sino que se atreve a afirmar que «su existencia es un hecho indisputable» (*Filosofía fundamental*, libro primero, cap. II, n.5) y que es obligación de la filosofía explicar la certeza pero no disputar que es un hecho.

1.- ¿Certeza o verdad? El concepto.

Llegado este punto surgen algunas dudas: ¿Qué es la certeza? ¿Qué es la verdad? ¿Son una misma cosa? Es un concepto difícil de definir sin más pero que Balmes sintetiza con claridad cuando afirma que «la verdad es la realidad de las cosas» (*El criterio*, cap. I, 1). Y sigue diciendo:

«Cuando las conocemos como son en sí alcanzamos la verdad: de otra suerte caemos en error. Conociendo que hay Dios conocemos una verdad, porque realmente Dios existe; (...)»²⁷

De esta forma, alcanzar la verdad implica conocer las cosas como son en sí, si las conocemos de forma diferente a como son es cuando caemos en errores.

²⁶Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. I, n.1

²⁷ Balmes. *El Criterio*, cap. I, n. 1

Cabe destacar que Balmes parte de una primera verdad que es Dios y la da como cierta. Es importante tener en cuenta que el filósofo parte de una visión cristiana de la filosofía. Y ello no tiene por qué invalidar todo su pensamiento, sino que lo enriquece; porque Balmes considera la verdad como objeto que el hombre persigue gracias a la facultad natural de la que ha sido dotado. Y es que todo saber es una función humana, incluidos aquí el saber científico y el saber filosófico. No se pueden ni se deben separar las distintas capacidades del hombre y, por tanto, su saber ha de incluir también lo trascendental en el hombre. Se observa así un Balmes humanista, en el sentido más amplio, y también un Balmes que se podría entender como «filósofo de la religión», si se entiende que «la filosofía de la religión propugna una reflexión libre y, en la medida de lo posible, objetiva sobre el hecho religioso» (Fraijó, *Filosofía de la religión*, p.29). Como se verá más adelante, Balmes propugna y enaltece la libertad del ser humano para poder reflexionar y llegar a esa verdad tan anhelada.

Pero lo importante, en primer lugar, es saber qué es la verdad. Existen numerosas perspectivas y formas de pensamiento que intentan explicarla pero en Balmes se observan dos perspectivas, encontradas y complementarias entre sí, que son la perspectiva filosófica y la perspectiva teológica; ambas se unen en una perspectiva única como filósofo cristiano pero que, al mismo tiempo, intenta incorporar la razón a su pensamiento. Porque Balmes no fue un filósofo al uso y, aunque cristiano y conocedor de la escolástica, intentó a través de su pensamiento unificar razón y revelación, procurando encontrar el equilibrio entre la verdad subjetiva (la de la razón) y la verdad objetiva. En consecuencia, se podría hablar de Balmes como «humanista cristiano». «Humanista» porque el eje central es el ser humano y se debe entender al ser humano en todos sus ámbitos, sin dar preeminencia a la verdad objetiva sobre la subjetiva ni al revés. Y «cristiano» porque parte de la filosofía cristiana y de su conocimiento de la escolástica aunque no rechaza la incorporación de los aspectos más «terrenales» del ser humano.

Revisaré aquí algunas definiciones de verdad con la finalidad de ver, finalmente, qué entiende Balmes por verdad y qué aspectos conjuga en su pensamiento sobre la certeza o la verdad. Y si los dos términos, certeza y verdad, deben entenderse como sinónimos, al menos en la obra de Balmes.

«El vocablo “verdad” se usa en dos sentidos: para referirse a una proposición y para referirse a una realidad.»²⁸

En este caso, me referiré al término «verdad» como realidad ya que el mismo Balmes equipara «verdad» con «realidad de las cosas». Para los filósofos griegos, la verdad tenía su equivalencia con la realidad pero, al mismo tiempo, esa realidad se hallaba en consonancia con la permanencia, lo que implicaba que lo permanente era verdadero y lo cambiante podía ser falso o aparentemente verdadero. En consecuencia, la verdad sólo sería accesible al pensamiento y no a los sentidos²⁹.

Para los escolásticos, «la verdad como verdad trascendental (...) es definida como la conformidad o conveniencia del ente con la mente» (Ferrater Mora. *Diccionario de filosofía*, vol. 4, pp. 3660). Para Santo Tomás de Aquino, Dios es principio y Dios es fin. Y, en consecuencia, Dios es la Verdad. Por ello, distingue entre «verdades teológicas» y «verdades filosóficas» y manifiesta que razón y fe no deben ser incompatibles, aunque la razón puede encontrarse con algunas verdades que serán impenetrables sin ayuda de la fe. Es así como, en la tradición escolástica, la razón siempre se hallará subordinada a la fe, aunque las verdades filosóficas (o descubiertas por la razón) no tienen por qué ser contrarias a la fe.

Si se busca el significado de «verdad» en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, se encuentran dos acepciones que nos dicen mucho del sentido de la verdad: 1. «Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente», es decir, definición prácticamente exacta a la de la escolástica; 2. «Propiedad que tiene una cosa de mantenerse siempre la misma sin mutación alguna», que nos da esa idea de permanencia que promulgaban los filósofos griegos para considerar la verdad como tal.

En cambio, las acepciones que se pueden encontrar de «certeza» son: 1. «Conocimiento seguro y claro de algo» y 2. «Firme adhesión de la mente a algo conocible, sin temor de errar». Se puede entender «certeza» como «verdad» pero quizás la certeza pueda ser interpretada como una verdad que ya es segura para el ser humano, mientras que la verdad en sí puede no haber sido entendida todavía como cierta en su totalidad, aunque realmente lo sea. No obstante, es tan subjetiva esa división que ambos conceptos («certeza» y «verdad») se perciben como idénticos.

²⁸ Ferrater Mora. *Diccionario de filosofía*, vol. 4, pp. 3660 y 3661

²⁹ *Ibíd.*

Ya se ha explicado que para Balmes la verdad es la realidad de las cosas. Y va más allá:

«El objeto de la lógica es enseñarnos a conocer la verdad. La verdad es la realidad. *Verum est id quod est*; es lo que es, ha dicho San Agustín. Puede ser considerada de los dos modos: en las cosas o en el entendimiento.»³⁰

Redunda en la afirmación que la verdad es la realidad, o la realidad de las cosas. Pero distingue además la verdad en el entendimiento, la verdad en la voluntad o la verdad en proponerse un fin y en la elección de los medios.

Distingue también Balmes entre lógica natural y lógica artificial. Para el autor, «la lógica natural es la disposición que la naturaleza nos ha dado para conocer la verdad» (Balmes. *Filosofía elemental, Lógica*, libro primero, cap. I, n. 2). Añade que esta predisposición del ser humano se puede apoyar para su perfección en reglas que se funden en la razón y en la experiencia. Es así como Balmes abre la naturaleza humana no sólo al conocimiento natural sino a la utilización de los medios conformes a la razón y a la experiencia como complementarios a ese conocimiento implícito que es el primero. Todo ello sin subordinar fe a razón ni razón a la fe, algo bastante novedoso en un filósofo cristiano de su época. Introduce de alguna manera aquí, el aporte de la «evidencia» y del «sentido común», añadiéndolo al de la «conciencia», como se irá viendo más adelante. Por todo ello, la lógica balmesiana no se limita únicamente a la lógica del entendimiento, sino que se extiende a todos los aspectos del hombre. Así se expresa el filósofo:

«Hay también muchos modos de conocer la verdad. No todas las cosas se han de mirar de la misma manera, sino del modo que cada una de ellas se ve mejor. Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna es intrínsecamente mala.»³¹

Todas las facultades del hombre, en el sentido más amplio, deben combinarse y aprovecharse como facultades que le permitirán conocer la verdad. Y también acepta la

³⁰ Balmes. *Filosofía elemental, Lógica*, cap. I, n.1

³¹ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 60

existencia de muchos modos de conocimiento que deben ser, asimismo, aprovechados como medios para conocer la verdad. De esta manera, «el criterio de filosofar guarda relación con el hombre completo, con el hombre como totalidad» (Forment, E. “Balmes y el criterio para filosofar”, *Anuario filosófico*, p. 533). Se observa de nuevo la perspectiva más humanista de Balmes.

También termina su obra *El Criterio* señalando qué es la verdad:

«Criterio es un medio para conocer la verdad. La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento es conocer las cosas tales como son. La verdad en la voluntad es quererlas como es debido, conforme a las reglas de la sana moral. La verdad en proponerse un fin es proponerse el fin conveniente y debido según las circunstancias. La verdad en la elección de los medios es elegir los que son conformes a la moral y mejor conducen al fin.»³²

Por tanto, el pensamiento de Balmes se abre al conocimiento de la verdad a través de los medios que tiene el hombre a su alcance y que sean los mejores o idóneos para llegar a esa verdad, siempre dentro de un orden moral.

Balmes entiende la certeza como el cimiento de la filosofía porque la certeza es un hecho irrefutable. La filosofía debe explicar lo que se refiere al hecho de la certeza pero no partir desde la duda. Por ello, afirma que «la certeza es para nosotros una feliz necesidad; la naturaleza nos la impone y de la naturaleza no se despojan los filósofos» (Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. II, 9). Por consiguiente, la certeza es implícita al ser humano en tanto que es fruto de la naturaleza. Y los filósofos, en tanto que seres humanos, también deben partir de esa certeza como hecho. La duda sobre ese hecho real sólo lleva a la destrucción del único punto de partida del que se dispone como base para la filosofía:

«El linaje humano posee la certeza, como una calidad aneja a la vida; como un resultado espontáneo del desarrollo de las facultades del espíritu. La certeza es natural; precede por consiguiente a toda filosofía, y es independiente de las opiniones de los hombres.»³³

³² Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 60

³³ Balmes, *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XXXIV, n.337

Balmes reconoce que algunos filósofos escépticos dudarán sobre la certeza:

«Pues este curioso es el filósofo que para distinguir lo verdadero de lo falso en nuestros conocimientos, empieza por negar toda la verdad, toda certeza, toda razón.

Se nos dirá, no se trata de negar sino de dudar; pero quien duda de toda verdad, la destruye; quien duda de toda certeza la niega; quien duda de toda razón la anonada.»³⁴

Se evidencia que Balmes pone al mismo nivel la certeza y la verdad, como conceptos iguales. Porque si el filósofo duda de la verdad, duda de la certeza y de la razón. Y con esa duda la destruye o la niega. Para el filósofo de Vic lo destacable es que la certeza es un hecho porque el raciocinio debe tener una base que no puede ser más que un hecho. Entonces debe empezar por la afirmación de ese hecho para arrojar luz sobre el conocimiento. El hecho de reflexionar sobre la certeza y dudar de ella es en sí mismo una certeza, al modo de Descartes: «pienso» y es un hecho cierto, es una verdad, es una realidad. Porque Balmes equipara certeza, verdad y realidad.

Finaliza la *Filosofía fundamental* con una afirmación rotunda:

«Por mi parte no quiero ser más que todos los hombres: no quiero estar reñido con la naturaleza: si no puedo ser filósofo, sin dejar de ser hombre, renuncio a la filosofía y me quedo con la humanidad.»³⁵

Como el filósofo es hombre antes que filósofo, ha de ser connatural al filósofo lo mismo que al hombre. Y ha de admitir la certeza de lo que es porque esa certeza surge del ser humano, de la naturalidad del hombre. Balmes da una importancia extrema a algo que implique ser un factor de humanidad, en este caso, la certeza del propio ser. Y por ello, considera que es imprescindible no ser contrario a la naturaleza del hombre. Se entiende aquí implícita la idea sobre la ley natural y el sentido mismo del ser humano con arreglo a esa ley. Y se aprecia de nuevo el profundo humanismo de Balmes, la razón por la que se le calificó como *Doctor Humanus*. Porque Balmes atiende en toda

³⁴ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XXXIV, n. 340

³⁵ *Ibíd.*

su obra al hombre en toda su extensión y en todos sus ámbitos, remarcando la vertiente más trascendental del hombre y su relación con la Verdad absoluta que es Dios.

Y en relación a Dios como Verdad absoluta se expresa así:

«En el orden de los seres, hay una verdad origen de todas: Dios. En el orden intelectual absoluto, hay también esta verdad origen de todas: Dios. En el orden intelectual humano, no hay una verdad origen de todas, ni en el orden real, ni en el ideal. La filosofía del yo no puede conducir a ningún resultado para fundar la ciencia trascendental.»³⁶

Se puede concluir, pues, que Balmes parece equiparar los términos «verdad» y «certeza» en el sentido que ambos designan la base del conocimiento, tanto humano como filosófico. Pero el mismo Balmes distingue el fondo de los dos conceptos de la siguiente manera:

«Conviene distinguir entre la certeza y la verdad: entre las dos hay relaciones íntimas, pero son cosas muy diferentes. La verdad es la conformidad del entendimiento con la cosa. La certeza es un firme asenso a una verdad, real o aparente.

La certeza no es la verdad, pero necesita al menos la ilusión de la verdad. Podemos estar ciertos de una cosa falsa; más no los estaríamos, si no la creyésemos verdadera.

No hay verdad hasta que no hay juicio, pues sin juicio no hay más que percepción, no comparación de la idea con la cosa; y sin comparación no puede haber conformidad ni discrepancia.»³⁷

Aunque relacionadas íntimamente, «certeza» y «verdad» no son una misma cosa. La certeza es algo natural inserto en el hombre y a la verdad se llega a través de la reflexión por medio del entendimiento. Para llegar a la certeza el hombre debe estar convencido de su veracidad, aunque esa verdad sólo lo sea en apariencia. Respecto al concepto de la certeza, Dionisio Roca se expresa de la siguiente manera:

³⁶ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XXXIV, n. 337

³⁷ *Ibíd.*, libro primero, notas sobre el capítulo primero, I

«(...) no han faltado opiniones a favor de que el meollo del problema crítico, para él, está centrado en las propias cuestiones que plantea en torno a la certeza. Es evidente que estas cuestiones están íntimamente con tal problema, pero ello no determina la creencia de que tengan que ser necesariamente su constitutivo central. La razón fundamental ya queda señalada con anterioridad: Un problema cuyo fondo es la objetividad del conocimiento no puede verse reducido al examen de un estado esencialmente subjetiva, aunque accidentalmente pueda alcanzar al objeto. Si la certeza, para ser eficiente, postula verdad y la validez objetiva del conocimiento, la primordialidad del examen ha de transferirse necesariamente a la objetividad.»³⁸

Este autor interpreta que Balmes relaciona la certeza con el sujeto, mientras que la verdad se relaciona con el objeto, con la realidad.

Por mi parte, creo que también se debe distinguir un pequeño matiz o diferente apreciación respecto a los dos términos: Balmes siempre se refiere a la certeza en torno al ser humano mientras que cuando se refiere a la Verdad absoluta, origen y final del ser humano, se refiere a Dios. Aunque también define la existencia de Dios como una certeza. Porque la certeza parte del mismo ser humano, de forma natural y directa; y la verdad que quiere conquistar es Dios; pero Dios no es sólo verdad, sino que también certeza, en el momento que es creador de la propia naturaleza del ser humano. No existe duda en ese aspecto: el matiz lo hallamos aquí en que Dios es la Verdad y el hecho de su existencia es la certeza. Pero además existen otros tipos de verdad que no son la original ni la final que dota al ser humano de lo trascendental.

2.- Tipos de certeza y tipos de verdad

Para poder comprender el método que Balmes presenta como sistema para alcanzar la verdad, se tiene que conocer primero la división que él mismo hace en cuanto a tipos de certeza y tipos de verdad.

2.1- Tipos de certeza

Según el propio autor «certeza es el asenso firme a una cosa» (Balmes. *Filosofía elemental, Lógica*, libro II, cap. IV, sección undécima, n. 222); es, por denominarla de

³⁸ Roca, D. *Praxis humanista trascendente en Jaime Balmes*, p. 118

otra manera, la afirmación de la verdad. Y hay certeza de cuatro especies diferentes: metafísica, física, moral y de sentido común.

1.- La certeza metafísica se basa en la esencia de las cosas. Un ejemplo es la certeza que tenemos de que todos los diámetros de un círculo son iguales.

2.- En cuanto a la certeza física, ésta se apoya en la estabilidad de las leyes de la naturaleza, aunque Dios puede cambiar esa ley natural. Es una certeza de este tipo el hecho de que cada día sale el sol y se hace de día.

3.- La certeza moral se fundamenta en el orden regular de las cosas, aunque este orden podría ser modificado sin alterar ni la esencia de la cosa ni la ley natural. Podemos estar ciertos de que ese actor que está actuando en el teatro responde un nombre y apellidos concretos pero podría darse el caso que ese actor fuese un impostor y hubiese falsificado sus documentos. Se habría modificado el orden regular de la cosa, aunque sin incidir en su esencia ni en la ley natural.

4.- Por último, existe la certeza de sentido común que es aquella que deja asegurado nuestro asenso como en el caso de la certeza física, aunque no se funda ni en las leyes de la naturaleza ni en la esencia de las cosas.

Por otra parte, se da en el pensamiento balmesiano otra posible división en cuanto a distintos tipos de certeza: la certeza natural y la certeza filosófica. Se da aquí una dualidad de la que Balmes habla con frecuencia y es la de «lo directo» y «lo reflejo», es decir, una dualidad entre aquello que se conoce y se entiende como cierto porque es un hecho y aquello que se conoce como fruto de la reflexión. En consecuencia, la certeza natural es aquella certeza basada en el hecho, en el propio ser humano, una certeza innata que capacita al hombre, al menos, para ser consciente de sí mismo. La certeza filosófica está relacionada con lo reflejo porque, aunque parte de un hecho que da como cierto, es fruto final de la reflexión. Y se resume así:

«Todo raciocinio ha de tener un punto de apoyo, y este punto no puede ser sino un hecho. Que sea interno o externo, que sea una idea o un objeto, el hecho ha de existir; es necesario comenzar por suponer algo; a este algo le llamamos hecho. (...)

Entonces la filosofía, se dirá, no comienza por un examen sino por una afirmación; sí, no lo niego, y esta es una verdad tan fecunda que su consignación puede

cerrar la puerta a muchas cavilaciones y difundir abundante luz por toda la teoría de la certeza.»³⁹

Además, se distinguen las certezas ideales (o sobre las ideas) de las certezas reales (sobre el objeto o el hecho), como también se diferencian las verdades.

2.2.- Tipos de verdad

Balmes nos da diversas clasificaciones de los tipos de verdad:

- Verdades reales y verdades ideales
- Verdad «fuente» o «semilla» y verdad «fundamento»
- Verdades subjetivas, verdades racionales y verdades objetivas (o de sentido íntimo, de evidencia y de sentido común)

2.2.1.- Verdades reales y verdades ideales

De manera idéntica a la certeza, en referencia a la verdad se hace también la distinción entre verdades reales y verdades ideales. Verdades reales serán aquellas que se refieren al hecho o al orden de la existencia, mientras que las verdades ideales se fundamentan en la relación entre ideas, es decir, en la esencia y no en la existencia.

Es importante aquí, según Balmes, la intervención del principio de contradicción para que sirva de puente entre la verdad real y la verdad ideal; de esta manera, podrá nacer la ciencia, el conocimiento.

«"Es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo". Este es el famoso principio de contradicción, que sin duda puede pretender a ser considerado como una de las fuentes de verdad para el entendimiento humano.»⁴⁰

El principio de contradicción sirve de puente para pasar del mundo lógico al mundo real, de la verdad ideal a la verdad real. De esta manera, puede nacer la ciencia. En cuanto a los hechos de conciencia, por sí mismos serían solamente intuiciones; combinados con el principio de contradicción es como pueden convertirse en racionios que se podrán extender tanto al mundo ideal como al real. Porque las

³⁹ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. II, n. 7 y 8

⁴⁰ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XIV, n. 139

verdades por sí solas no pueden conducir a nada, simplemente se quedarían ahí, en el mundo de lo ideal o de lo real, pero sin mayor consecuencia.

2.2.2.- Verdad «fuente» o «semilla» y verdad «fundamento» o fundamental

Balmes se pregunta si existe una verdad origen de todas las demás. Y lo explica de la siguiente forma:

«En el orden de los seres hay una verdad origen de todas; porque la verdad es la realidad, y hay un Ser, autor de todos los seres. Este ser es una verdad, la verdad misma, la plenitud de la verdad; porque es el ser por esencia, la plenitud del ser.»⁴¹

A esa verdad origen de todas las demás, que para Balmes es el Creador, la ha calificado en ocasiones como «semilla» o como «fuente»:

«En el primer sentido se busca un manantial del cual nazcan todas las aguas que riegan una campiña; en el segundo, se pide un punto de apoyo para afianzar sobre él un gran peso.»⁴²

Esos dos sentidos a los que refiere el filósofo son las dos maneras diferentes en que se podría interpretar el primer principio de los conocimientos: el primero como verdad única de la que nacen el resto; y el segundo como punto de apoyo o fundamento. Se puede apreciar la analogía entre verdad «fundamento» y principio fundamental en el pensamiento balmesiano. Balmes distingue tres principios fundamentales que son la conciencia, la evidencia y el sentido común. Pero esos tres principios fundamentales no se deben interpretar en ningún caso como principios o verdades de los que emanan el resto de verdades. Balmes entiende que esos principios son fundamento, cimiento de la verdad pero en ningún caso pueden ser «fuente» de verdad. Cada uno de los principios es imprescindible pero no único, debe servir de base al conocimiento junto a los otros dos. Sólo existe un principio del que pueda emanar toda verdad, un verdadero principio fundamental y fuente al mismo tiempo: ese es el Creador. Es más, Balmes afirma que no puede haber una verdad de la que emanen todas en el orden intelectual humano; se

⁴¹ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. IV, 40

⁴² *Ibíd.*, libro primero, cap. IV, 39

refiere a esta tierra como dando a entender que esa verdad se encontrará más allá de la vida terrenal:

«En el orden intelectual humano, mientras vivimos sobre la tierra, no hay una verdad de la cual dimanen todas; en vano la han buscado los filósofos; no la han encontrado porque no es posible encontrarla. Y en efecto, ¿dónde se hallaría la deseada verdad?»⁴³

2.2.3.- Verdades subjetivas, verdades racionales y verdades objetivas

Las verdades que percibe el ser humano serán subjetivas, racionales u objetivas en función del medio que se use para llegar a ellas:

«Los medios con que percibimos la verdad son de varios órdenes; lo que hace que las verdades mismas percibidas correspondan también a órdenes diferentes, paralelos por decirlo así, con los respectivos medios de percepción. Conciencia, evidencia, instinto intelectual o sentido común, he aquí los tres medios; verdades de sentido íntimo, verdades necesarias, verdades de sentido común, he aquí lo correspondiente a dichos medios.»⁴⁴

El medio por el que sentimos lo íntimo, lo que pasa en nosotros y que puede tratarse de pensamientos de todo tipo, ideas, sentimientos, todo aquello que experimentamos en nuestra alma, es la conciencia. Las verdades percibidas por este medio han de ser forzosamente verdades subjetivas porque no se extienden más allá del sujeto mismo ni son fruto de la experiencia ni del razonamiento.

Por el contrario, para descubrir la verdad a través de la evidencia se tienen que dar dos condiciones: la necesidad y la universalidad. Porque a través de la evidencia no se descubre la verdad del sujeto pues de ello se encarga la conciencia; por tanto, la evidencia versará siempre sobre una verdad universal y necesaria. Y es por ello que no se puede tratar de una verdad subjetiva como la que emana de la conciencia; se trata, pues, de una verdad racional, necesaria.

⁴³ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. V, n. 53

⁴⁴ *Ibíd.*, libro primero, cap. XV, n. 147

Por último, Balmes denomina instinto intelectual o sentido común a «ese impulso que nos lleva a la certeza en muchos casos, sin que medien ni el testimonio de la conciencia ni el de la evidencia»⁴⁵ y que es común a todos los hombres:

«La expresión sentido común significa una ley de nuestro espíritu, diferente en apariencia según son diferentes los casos a que se aplica, pero que en realidad, y a pesar de sus modificaciones, es una sola, siempre la misma, y consistente en una inclinación natural de nuestro espíritu a dar su asenso a ciertas verdades no atestiguadas por la conciencia ni demostradas por la razón; y que todos los hombres han de menester para satisfacer las necesidades de la vida sensitiva, intelectual o moral.»⁴⁶

El sentido común tiene como misión hallar la certeza o verdad en lo objetivo, en aquello que no forma parte de lo subjetivo y que tampoco puede ser demostrado a través de la razón como es el caso de la evidencia. En tanto que es el medio para hallar la verdad a través del objeto, las verdades descubiertas por el sentido común o instinto intelectual son verdades objetivas.

3.- Criterios de verdad

Balmes entiende por criterio «el medio para conocer la verdad» (*Filosofía elemental, Lógica*, libro III, cap. I, n. 302). E interpreta como criterios básicos los tres criterios de los que he hablado y que se corresponden a los tres tipos de verdad y a los tres principios fundamentales: conciencia, evidencia y sentido común.

Pero en Balmes no se refiere únicamente a estos criterios como medios de conocimiento de la verdad sino que se refiere a ellos como verdades «fuente». Sin embargo, distingue los principios como verdades «fundamento» o fundamentales:

«En mi concepto hay varios principios que con relación al entendimiento humano pueden llamarse igualmente fundamentales, ya porque todos sirven de cimiento en el orden común y en el científico, ya porque no se apoyan en otro; no siendo dable señalar uno que disfrute de esta calidad como privilegio exclusivo.»⁴⁷

⁴⁵ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XV, n. 154

⁴⁶ *Ibíd.*, libro primero, cap. XXXII, n. 16

⁴⁷ *Ibíd.*, libro primero, cap. XVI, n. 160

Aunque los criterios de verdad tengan su base en los principios de verdad, no son lo mismo en sentido estricto. Una explicación de la diferencia es la que se muestra en el párrafo siguiente:

«Mientras que el principio no puede ser fuente de verdad, sino sólo un punto de apoyo, en cambio el criterio sí que es fuente de verdad. Lo es en tanto que medio que nos permite afirmar con certeza la verdad.»⁴⁸

Aunque en muchas ocasiones se utiliza de forma análoga el concepto de criterio y el de principio no son exactamente lo mismo. Además, en realidad hay cinco criterios, aunque sólo tres de ellos se consideren ligados a los principios de forma directa. Balmes distingue entre los criterios que se hallan en nosotros mismos (conciencia, evidencia, sentido común y los sentidos externos) y aquellos que están fuera de nosotros como el de autoridad.

El criterio de los sentidos externos se forma por la combinación entre el de conciencia y el de sentido común. Y el de autoridad se compone de conciencia, evidencia, sentido común y sentidos externos, combinándose entre ellos de distinta manera. Por tanto, los dos criterios de los que no había hablado hasta ahora son: el de los sentidos externos y el de la autoridad. Pero es que como se puede apreciar son criterios que derivan de otros, mientras que conciencia, evidencia y sentido común son los criterios fundamentales y en consonancia con los mismos principios fundamentales de la verdad.

Mientras que el criterio es fuente de verdad, el principio no puede ser fuente de verdad sino sólo un punto de apoyo. Porque Balmes entiende el criterio como medio para conocer la verdad y la conciencia es uno de esos medios en tanto que se entienda como criterio, de ahí que pueda ser fuente de verdad.

En lo referente al principio, éste no puede ser fuente de verdad porque se trata de una «verdad fundamento» y entonces se trata de un punto de apoyo pero nunca una verdad de la cual emanen otras verdades. Estos principios hacen referencia al ámbito exclusivo del ser humano porque sí existe un principio fundamental que es fuente de

⁴⁸ Anglès, M. *Els criteris de veritat en Jaume Balmes*, p. 39. Texto original: «*Mentre que el principi no pot ser font de veritat, sinó només un punt de suport, en canvi el criteri sí que és font de veritat. Ho és en tant que mitjà que ens permet afirmar amb certesa veritats.*»

toda verdad y de toda certeza: Dios. Pero aquí ya no se está hablando de un principio inherente a la naturaleza del hombre sino a lo que trasciende a él. Ese principio que puede ser fundamento y fuente al mismo tiempo sólo puede ser el Dios trascendental, verdad y certeza absoluta, origen y fin de todo.

A pesar de esta correspondencia entre principios fundamentales y los tres criterios que se podrían considerar también como fundamentales, Balmes dice en alguna ocasión que todos los criterios, incluido el de evidencia, dependen del sentido íntimo y del sentido común:

«De la combinación de la conciencia con el instinto intelectual nacen todos los demás criterios.»⁴⁹

Sin embargo, en la *Filosofía elemental* afirma que los cinco criterios se confirman mutuamente, no sólo los tres fundamentales. Es más, la falta de uno de ellos impediría el conocimiento humano⁵⁰.

4.- Acceso a la verdad

Para acceder a la verdad y evitar el error debemos seguir un método que Balmes define de dos maneras:

«Método es el orden que observamos para evitar el error y encontrar la verdad.

A veces se entiende por método el conjunto de los medios que empleamos para lograr dichos objetos.»⁵¹

En la primera definición «método» es lo mismo que «orden». Se sobrentiende que para llegar a la verdad es imprescindible una sistematización ordenada que se debe seguir para no dar ningún paso en falso y, por ende, evitar cualquier error que nos impida acceder a la verdad. Balmes destaca que, en ocasiones, se entiende que el método es un conjunto de medios para llegar a la verdad; de ello se deduce que el

⁴⁹ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XXIII, n. 238

⁵⁰ *Ibíd.*, libro segundo, cap. XIII, n. 193

⁵¹ Balmes. *Filosofía elemental, Lógica*, libro tercero, cap. I, n. 301

método equivale al conjunto de criterios, en tanto que ya se determinó que los criterios son medios empleados por el hombre para llegar al conocimiento.

Pero en todo método pueden surgir obstáculos, previstos o no, que impidan seguir adelante por la senda correcta. También en el método utilizado para acceder a la verdad, se pueden suscitar algunos obstáculos. Y si hay obstáculos o dificultades se tienen que resolver o, al menos, intentar resolver. De ello se ocupa Balmes en *El Criterio*. En primer lugar, se verán algunas de esas dificultades para acceder a la verdad, sobre las que Balmes fija su atención. Después, en la misma obra, intentará dar unas pautas o soluciones para luchar en contra de esas dificultades u obstáculos que se tienen que intentar superar, si no es posible totalmente al menos parcialmente.

4.1.- Dificultades para acceder a la verdad

El acceso a la verdad no es tan fácil. El hombre es un ser pequeño y en ese camino hacia la verdad suele encontrar dificultades, obstáculos que ha de resolver. Balmes se refiere aquí a la praxis del entendimiento, a los actos prácticos que nos dirigen en el momento de pasar a la acción, de obrar.

4.1.1.- Dificultad de proponerse el debido fin

En referencia al entendimiento práctico debemos tener claro, en primer lugar, el fin que nos proponemos y saber cuál es el mejor medio para alcanzarlo. Se está hablando aquí del obrar del hombre, de la praxis o puesta en práctica de la teoría del conocimiento.

Por ello, es importante que el hombre sepa definir el fin al que debe llevarle su raciocinio. El método ya lo conoce: la utilización de los medios de los que dispone. Ahora se trata de pasar a la acción. Y para llevar a cabo esa acción deberá conocer primero el objetivo, deberá proponerse a sí mismo un fin. Parece evidente y sencillo pero no lo es; Balmes dice del hombre que «es siempre hombre, es decir, una cosa muy pequeña». Y así lo expresa el filósofo:

«El hombre en todas las condiciones sociales, en todas las circunstancias de la vida, es siempre hombre, es decir una cosa muy pequeña. Poco conocedor de sí mismo, sin formarse por lo común ideas bastante claras ni de la cualidad ni del alcance de sus fuerzas, creyéndose a veces más poderoso, a veces más débil de lo que es en realidad,

encuétrase con mucha frecuencia dudoso, perplejo, sin saber ni adónde va ni adónde ha de ir. Además, para él es a menudo un misterio qué es lo que le conviene; por manera que las dudas sobre sus fuerzas se aumentan con las dudas sobre su interés propio.»⁵²

Una característica natural del hombre en el momento de obrar es la duda o vacilación en su camino y en el fin último de ese camino; a veces, no sabe qué es lo que le interesa o le conviene y llega a dudar de sus propias fuerzas.. El problema yace en no haberse propuesto un fin de manera rigurosa y actuar en función de las circunstancias que le rodean o del momento en el que se encuentra.

4.1.2.- Despropósitos y entendimientos torcidos

En ocasiones escuchamos personas que hacen afirmaciones sin duda erróneas pero que además intentan convencer de ello a personas de buen juicio que intentan razonar y argumentar por qué no están de acuerdo. La persona que no goza de sentido común no entenderá tampoco los argumentos válidos de aquella que posee buen juicio, pues si la primera carece de sentido común, carece también del medio para poder entender su sinrazón. Este hecho es considerado por Balmes como un despropósito.⁵³

En cambio, habla en el siguiente punto de aquellos «entendimientos que parecen naturalmente defectuosos» (*El Criterio*, cap. XXII, n. 10). Los considera desgraciados porque lo ven todo desde un punto de vista falso, inexacto o extravagante. Sus juicios son falsos o inciertos porque toman como verdaderas sus propias hipótesis o fantasías, es decir, asientan sus verdades sobre arena y no sobre buenos cimientos. Por tanto, esas verdades se derrumban aunque estos entendimientos, en tanto que defectuosos, no serán capaz de verlo.

Tanto los despropósitos como los entendimientos torcidos suelen ser la consecuencia de las pasiones, que afectan sobre todo a la praxis del ser humano en lo referente al conocimiento. Balmes los estima como defectos intelectuales que tienen su origen en una causa moral:

«Reflexionando sobre la causa de semejantes aberraciones, no es difícil advertir que el origen está más bien en el corazón que en la cabeza. Estos hombres suelen ser

⁵² Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 2

⁵³ Véase *El Criterio*, cap. XXII, n. 9, que dedica a «los despropósitos».

extremadamente vanos; un amor propio mal entendido les inspira el deseo de singularizarse en todo, y al fin llegan a contraer un hábito de apartarse de lo que piensan y dicen los demás, esto es, de ponerse en contradicción con el sentido común.»⁵⁴

4.1.3.- Las pasiones: orgullo y vanidad

Las pasiones son «disposiciones del ánimo que afectan al acceso a la verdad» (Forment, E. “Balmes y el criterio para filosofar”, *Anuario filosófico*, p. 546) y, por tanto, son obstáculos en el camino del hombre hacia ella.

Balmes presenta el orgullo (lo denomina también soberbia, en ocasiones) y la vanidad como pasiones obstaculizadoras en ese camino del hombre hacia la verdad. Pero se ha de ver cómo las distingue y cómo las explica.

«La exageración del amor propio, la soberbia, no siempre se presenta con un mismo carácter. En los hombres de temple fuerte y de entendimiento sagaz es orgullo; en los flojos y poco avisados es vanidad. Ambos tienen un mismo objeto, pero emplean medios diferentes. El orgulloso sin vanidad tiene la hipocresía de la virtud: el vanidoso tiene la franqueza de su debilidad.»⁵⁵

Distingue Balmes el orgullo en función de la capacidad de entendimiento o razón del individuo. De esta manera, el que goza de cierta capacidad es orgulloso y el menos avisado es vanidoso, aunque ambos tienen un mismo objeto que es su singularización, una necesidad irrefrenable de hacerse notar y destacar sobre el resto. Vanidad y orgullo son, por tanto, en la manera de comportamiento prácticamente lo mismo a pesar de que en el fondo las capacidades del orgulloso y el vanidoso son muy diferentes. Es por ello que Balmes cree que el orgulloso no puede ser vanidoso, sino que tiene lo que él denomina «la hipocresía de la virtud»; el vanidoso es más franco, goza de «la franqueza de su debilidad». En ese sentido, el orgullo es fruto de una mayor malicia que la vanidad y ésta, a su vez, denota mayor debilidad que el primero.

Pero la pregunta sería “¿por qué se cae en las pasiones?”. La respuesta para Balmes es clara: a menudo, se piensa en los objetos según en qué nos afectan y no se

⁵⁴ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 12

⁵⁵ *Ibíd.*, cap. XXII, n. 15

piensa en lo que son en realidad; por tanto, se alteran los objetos a la vista del apasionado o según le afecten.

Otro factor importante que impide buscar el criterio acertado es que el hombre no suele conocerse a sí mismo y, por tanto, no suele conocer sus limitaciones. Ni el orgulloso ni el vanidoso parecen conocer sus límites.

4.1.4.- La pereza

Se entiende la pereza como dejadez, pusilanimidad o debilidad de ánimo y es otro de los obstáculos que debe superar el hombre en su camino hacia la verdad. Y es que «el hombre ama mucho el no hacer nada» (Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 24); por ello, Dios que es conocedor de la naturaleza humana la castigó con el trabajo. La pereza se justifica como «la pasión de la inacción» y, a diferencia de las otras pasiones no exige nada, no exige esfuerzo. Por ese motivo, quizás puede mostrarse al hombre como más atractiva y puede afectar a los actos del cuerpo pero también a los del espíritu.

Balmes encuentra el origen de la pereza en el sufrimiento y lo explica de la siguiente manera: en cualquier acción se da un gasto de fuerza y, por consiguiente, un cansancio. Ese cansancio puede ser entendido como sufrimiento. La pereza sería, pues, una respuesta para evitar ese sufrimiento. Por ese motivo, cuesta más iniciar una acción que llevarla a cabo una vez iniciada.

Se puede dar un segundo tipo de pereza, la «inconstancia», que es en apariencia un exceso de actividad pero que es en realidad un acto de pereza en la medida que el inconstante varía de trabajo continuamente para no tener que hacer esfuerzo de atender y hacer respecto a algo determinado. Variando y variando al final conseguirá no hacer ni acabar nada. Para Balmes, la inconstancia «no es más que la pereza bajo un velo hipócrita» (*El Criterio*, cap. XXII, n. 29).

También la pereza se puede convertir en acción; pero se podría hablar de una «acción hipócrita», como sería también en el caso de la inconstancia, en tanto que es una acción que satisface al hombre y en realidad no es para él esfuerzo real sino descanso. Por ejemplo, puede requerir un esfuerzo hacer ejercicio físico pero cuando se convierte en una afición o placer para el hombre, se podría entender también como una forma de pereza. En consecuencia, se estaría hablando de una «acción hipócrita».

4.2.- Vencer las dificultades

Si en el acceso a la verdad existen dificultades u obstáculos se tendrán que superar para poder continuar el camino hacia esa verdad última. Existen medios que permitirán al hombre combatir y hasta vencer esas dificultades.

4.2.1.- Conocimiento de los medios

La primera dificultad que se planteaba en el acceso a la verdad era la determinación de un debido fin. ¿Cómo venceremos esa dificultad? La respuesta balmesiana a ella es la necesidad de conocerse a sí mismo; porque si el hombre conoce los medios de los que goza para acceder a la verdad sabrá encontrar aquellos que le pueden ser más útiles en cada momento de su camino y, en consecuencia, sabrá proponerse un debido fin.

Pero para conocer esos medios es indispensable que el hombre se conozca primero a sí mismo, así también conocerá las limitaciones sus propias limitaciones y se podrá proponer medios adecuados a sus aptitudes y circunstancias.

Habla Balmes también de la presunción y la desconfianza, entendida como causa excesiva prudencia. La presunción lleva al hombre a proponerse fines que no será capaz de llevar a cabo; y al contrario, la desconfianza en sí mismo le llevará a una excesiva prudencia. Pero ambas cosas tienen el origen en el desconocimiento de sus limitaciones reales, por exceso o por defecto. De ahí, que el principio básico sea conocerse a sí mismo para conocer bien los medios a los que puede recurrir.

4.2.2.- El buen sentido

El buen sentido es el que debe responder ante despropósitos y entendimientos torcidos. El buen sentido es asimilable al sentido común del hombre, ese principio y criterio de verdad tan propio del que goza el ser humano y que le permite descubrir las verdades objetivas.

El buen sentido se halla impreso en el hombre aunque es difícil reconocerlo. Los despropósitos y entendimientos torcidos son defectos que se dan mayormente en charlatanes, en habladores compulsivos que parecen a los ojos de los demás como brillantes. No quiere decir que el cúmulo de argumentos se ajuste a la verdad y suele no

ser así. Por ello, esas cavilaciones propias del ser humano deben afrontarse mediante el buen sentido que también es propio del ser humano.

Pero en su fondo, tanto despropósitos como entendimientos torcidos son consecuencia de una causa moral. Es ahí donde entra en juego la humildad cristiana como «virtud que nos hace conocer el límite de nuestras fuerzas» (Balmes. *El criterio*, cap. XXII, n. 13)

4.2.3.- La humildad cristiana

Esa humildad cristiana es también remedio para superar las pasiones, orgullo y vanidad. Porque estas pasiones no dejan de ser una consecuencia de los despropósitos y los entendimientos torcidos.

Además el hombre siempre debe mirar a su interior y conocerse, conocer sus pasiones y debilidades para poder someterlas a la razón y apaciguarlas. Por tanto:

«El hombre debe sujetar con la razón sus pasiones pero para ello es necesario tener conciencia de ellas. (...) La razón debe dirigir las pasiones pero no excluirlas. Incluso son un “auxilio” para hacer el bien.»⁵⁶

Para Balmes también existe el buen resultado de reflexionar sobre las pasiones:

«Pero si el hombre no fija nunca su mirada en su interior, si obra según le impelen las pasiones, sin cuidarse de averiguar de dónde nace el impulso, para él llegan a ser una misma cosa pasión y voluntad, dictamen del entendimiento e instinto de las pasiones. Así la razón no es señora, sino esclava; en vez de dirigir, moderar y corregir con sus consejos y mandatos las inclinaciones del corazón, se ve reducida a vil instrumento de ellas y obligada a emplear todos los recursos de su sagacidad para proporcionarles goces que las satisfagan.»⁵⁷

Se observa de nuevo la importancia del conocimiento de sí mismo para poder combatir las dificultades. Porque sólo si el hombre se conoce a sí mismo podrá conocer también la humildad cristiana que apaciguará alguna de estas pasiones dando entrada a

⁵⁶ Forment, E. “Balmes y el criterio para filosofar”, *Anuario filosófico*, p. 547

⁵⁷ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 44

la razón. La razón es, por consiguiente, un factor clave para poder apaciguar esas pasiones. Es la razón la que puede hacer ver al hombre sus limitaciones y, a través de esa gran virtud que es la humildad, dota al hombre de la capacidad para entender que puede aprovechar el consejo de los otros, incluidos aquellos que pueda considerar como inferiores.

Y esa virtud de la humildad (entendida como cristiana por Balmes), es gran consejera no sólo en lo espiritual sino también en lo terrenal.

«...esa virtud, que bien entendida es la verdad, pero la verdad aplicada al conocimiento de lo que somos, de nuestras relaciones con Dios y con los hombres, la verdad guiando nuestra conducta para que no nos extravíen las exageraciones del amor propio; esa virtud, repito, es de suma utilidad en todo cuando concierne a la práctica, aun en las cosas puramente mundanas.»⁵⁸

Entonces, Balmes equipara la virtud de la humildad a la verdad que guía la conducta del hombre. Esa virtud capacitará al hombre para conocerse a sí mismo y conocer sus relaciones con los demás, así como su relación con Dios. Siempre ha entendido la filosofía cristiana que el hombre se debe acercar a Dios con humildad porque en caso contrario no se podría acercar a él, no adivinaría la Verdad. Puede ser que por ello Balmes entienda la virtud de la humildad desde el acercamiento a Dios por parte del hombre, esa humildad que también se debe aplicar a las relaciones con los demás y a las relaciones con sí mismo.

4.2.4.- Justo medio.

Conocerse a sí mismo hará triunfar la virtud sobre las pasiones, incluyendo aquí también la pereza aunque está tenga una fuerza diferente. Pero para conocerse a sí mismo se ha de tener conciencia de sí y atender a la colaboración de la razón y del sentido común que, de forma conjunta, permitirán hallar el equilibrio, lo que Balmes denomina el «justo medio», apelando a la moral como el mejor medio.

«La virtud es difícil, mas no imposible: el hombre no la alcanza aquí en la tierra sin mezcla de muchas debilidades que la deslustran; pero no carece de los medios

⁵⁸ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 13

suficientes para poseerla y perfeccionarla. La razón es un monarca condenado a luchar de continuo con las pasiones sublevadas; pero Dios la ha provisto de lo necesario para pelear y vencer.»⁵⁹

De la afirmación de que el hombre no podrá alcanzar la virtud aquí en la tierra, extraigo que para Balmes esa virtud real, equiparable a verdad, sólo podrá encontrarla el hombre en su encuentro final con Dios. La razón siempre se verá abocada a la lucha contra las pasiones pero llegará un día en que vencerá.

5.- El orden moral

En tanto que el hombre es un «animal racional» tiene la obligación de descubrir la verdad. «Por ello, el conocimiento de la verdad y la práctica de la veracidad tiene efectos muy decisivos para la Teología Moral» (Fernández, A. *Diccionario breve de teología moral*, p. 451).

Pero, aunque Balmes es conocido no sólo por su obra filosófica sino también por su apologética, determina la necesidad de un orden moral desde ambas perspectivas y no sólo desde ellas, sino también desde otras como la sociológica o la política.

Y se observa en la práctica que el hombre debe vencer una serie de dificultades en su camino que tienen solución pero que puede no tenerla si perdemos de vista la moral y el orden establecido por ésta.

Ese orden moral al que se refiere el pensamiento balmesiano se origina en la obligación positiva como consecuencia. Obedecer a Dios en todo lo que mande es de ley natural:

«He aquí puesta en un silogismo la fórmula general de todas las obligaciones positivas que emana de Dios. Es de ley natural obedecer a Dios en todo lo que mande; es así que ha mandado “esto”; luego es de ley natural el hacer “esto”. La mayor es un principio de moral necesaria; la menor es la afirmación de una cosa particular que cae bajo lo comprendido en aquel principio; luego la consecuencia incluye también una obligación natural, o sea la aplicación de la ley natural a un caso dado.»⁶⁰

⁵⁹ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 31

⁶⁰ Balmes. *Filosofía elemental, Ética*, cap. XIII, n. 94

El orden moral es necesario en tanto que proviene de la ley natural. Dios ha de regir, desde la primera certeza que es Él mismo, hasta la última verdad. Y de esa norma moral primera y necesaria derivarán el resto de principios y los medios por los que el hombre habrá de buscar la verdad siempre dentro de ese orden. El orden moral es, pues, imprescindible y necesario:

«Esta regla no depende del arbitrio de los hombres: las acciones no son morales o inmorales porque se haya establecido así por un convenio, sino por su íntima naturaleza. (...) las ideas de bien y de mal convienen naturalmente, a ciertas acciones; nada puede contra eso la voluntad del hombre. Quien afirme que la diferencia entre el bien y el mal es arbitraria contradice a la razón, al grito de la conciencia, al sentido común, a los sentimientos más profundos del corazón, a la voz de la humanidad, manifestada en la experiencia de cada día y en la historia de todos los tiempos y países.»⁶¹

El orden moral es establecido por Dios desde el origen y no por el hombre; y el hombre no puede modificar a su antojo o conveniencia lo que es moral o inmoral, las ideas de bien o de mal. Se podría pensar que si es un orden establecido por Dios, Él también podría haber establecido lo contrario. Pero eso no es posible porque el orden moral se basa en el amor infinito de Dios a sí mismo y a la verdad, el amor al ser humano. Si el orden moral es acogido por el ser humano es como consecuencia del amor que siente por Dios. No procede, pues, hablar de recompensa final o de utilitarismo, interés público o privado por parte del hombre para regir su conducta mediante ese orden moral que le ha sido concedido por Dios.

⁶¹ Balmes. *Filosofía elemental, Ética*, cap. III, n. 14

CAPÍTULO IV

DE LA CONCIENCIA Y SU RELACIÓN CON LA VERDAD Y LA CERTEZA

A lo largo de toda su obra, Balmes se refiere a los medios con los que percibimos la verdad: conciencia, evidencia e instinto intelectual o sentido común. Como estos medios pertenecen a distintos órdenes, también las verdades percibidas por ellos corresponderán a órdenes diferentes: verdades de sentido íntimo, verdades necesarias y verdades de sentido común.

En este apartado estudiaré algo más fondo uno de esos medios de percepción de la verdad que es la conciencia porque a través de la conciencia podemos percibir esas verdades de sentido íntimo que son connaturales al hombre.

1.- ¿Qué es la conciencia?

San Agustín decía que «el interior del hombre se llama conciencia». Y en Balmes se me antoja una reminiscencia de esa definición porque considera que la conciencia es el sentido íntimo de lo que pasa en nosotros, es decir, lo que se puede equiparar al interior del hombre.

Cabe recordar en este punto la influencia de la filosofía y el pensamiento cristianos en la obra balmesiana. En consecuencia, no se puede obviar la relación entre la conciencia y el orden moral; y, por consiguiente, la preeminencia de la ley natural que proviene de Dios sobre la conciencia y sobre la primera certeza que es el mismo Creador. No se puede olvidar tampoco que Balmes fue teólogo además de filósofo y su pensamiento siempre se mueve en el entorno de ambas ciencias, con una vinculación enriquecedora más que evidente. De ahí que lo que el filósofo entiende como «conciencia» pueda derivar de ese vínculo.

Santo Tomás de Aquino definía la ley natural como «la participación de la ley eterna en la criatura racional». En consecuencia, la ley natural no es una ley de la naturaleza, ni en sentido físico ni en sentido biológico, sino que es fruto de la naturaleza humana. Se trata, pues, de una «ley del hombre», en tanto que criatura inteligente y libre dotada de razón. También Balmes lo entiende así: la ley natural surge de lo más íntimo de la naturaleza humana y el hombre sabe de ella a través de la conciencia. Es, por tanto, una «ley del hombre» no porque el hombre la invente sino porque esa ley tiene su

origen en Dios y es el hombre quien la reconoce mediante la conciencia. La ley natural enseña el orden moral a seguir, lo que está bien y lo que está mal, pero todo ello no podría ser reconocido por el hombre si no estuviese dotado de razón y tuviese un medio único para descubrirlo que es la conciencia. En ese sentido se expresa también la teología:

«La conciencia no crea el bien y el mal, sino que los descubre con ayuda de la ley. Es decir, la conciencia no crea los conceptos de bien y de mal, no establece lo que es bueno o malo, sino que, simplemente, lo descubre ayudada por la ley.»¹

La función de la conciencia, por tanto, es la de descubrir esas verdades de sentido íntimo que se hallan en lo más profundo del ser humano, en su interior. Y lo primero que tiene que reconocer es una certeza: la existencia del «yo», tomar conciencia de sí, para poder descubrir después el resto de verdades y certezas. Esa conciencia es la que inscribe en el hombre el conocimiento implícito de la ley natural; y todo ello ha de conducirlo a vivir esa verdad a lo largo de su vida dentro de un orden moral establecido también de forma implícita.

Ferrater Mora distingue dos sentidos de conciencia:

«1) percatación o reconocimiento de algo, sea de algo exterior, como un objeto, una cualidad, una situación, etc., o de algo interior, como las modificaciones experimentadas por el propio yo; 2) conocimiento del bien y del mal. El sentido 2) se expresa más propiamente por medios de la expresión “conciencia moral”»²

En referencia al primer sentido de conciencia, Ferrater Mora acepta el reconocimiento tanto de verdades subjetivas como objetivas; pero no parece que sea así en el caso de Balmes, dado que se refiere a lo más íntimo y a lo subjetivo:

«Comprendo en el testimonio de la conciencia todo lo que experimentamos en nuestra alma, todo lo que afecta a lo que se llama el yo humano: ideas, pensamientos de

¹ Fernández, A. *Diccionario breve de teología moral*, p. 74

² Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, vol. 1, p. 620

todas clases, actos de voluntad, sentimientos, sensaciones, en una palabra, todo aquello de que podemos decir: lo experimento.»³

Balmes relaciona la conciencia, como íntima del sujeto, con un tipo de verdades también propias del sujeto, es decir, verdades subjetivas o de sentido íntimo. Habla de todo aquello que afecta al «yo humano» pero en ningún caso del objeto. Por consiguiente, el primer sentido sólo sería aceptado en parte, en referencia a lo subjetivo.

En cuanto al segundo sentido que describe Ferrater Mora, el conocimiento del bien y el mal, entiendo que sí entra en la concepción balmesiana de la conciencia, en tanto que encajaría en ese orden moral establecido por el conocimiento del hombre sobre la ley natural. Quizás podría equipararse, en este caso, a la descripción de «conciencia moral» de Santo Tomás de Aquino en la que definía la conciencia moral como un espíritu que indica al hombre si un acto es justo o no; y esa semilla de la conciencia habría sido depositada por Dios en el hombre. Se trataría de una tesis aceptable para Balmes.

Balmes critica la costumbre de reflexionar sobre la conciencia, en tanto que se da una mezcla entre los hechos internos de la misma y aquello que es intelectual. Lo puramente subjetivo se encuentra aislado y admite la dificultad de distinguir entre lo puramente subjetivo y lo puramente objetivo, confundiendo a veces lo subjetivo y lo experimental, la conciencia y la evidencia.

«La costumbre de reflexionar sobre la conciencia, y el andar mezcladas las operaciones puramente intelectuales con los hechos de simple experiencia interna, hace que no se conciba fácilmente ese aislamiento en que se encuentra por su naturaleza todo lo que es puramente subjetivo.»⁴

En la defensa de las verdades de sentido íntimo o de conciencia, como verdades de contenido subjetivo que implican la misma existencia del sujeto, se observa la relación con el «yo pienso» cartesiano. La diferencia, como se verá a continuación, radica en que Balmes va más allá y critica a Descartes en algunos aspectos que señalaré de ahora en adelante.

³ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XV, n. 149

⁴ *Ibid.*, cap. XV, n. 151

Balmes no puede aceptar que el principio cartesiano «yo pienso, luego existo» sea evidente, en tanto que la conciencia no puede determinar consecuencias como el ser o existir; ello surge de la evidencia. La conciencia sólo se refiere al hecho de pensar y no a la evidencia que se descubre después de haber pensado. Y es que Descartes se limita a la conciencia como único principio de conocimiento; sin embargo, para Balmes la conciencia es necesaria e imprescindible pero tiene que ir ligada a la evidencia para poder descubrir las verdades objetivas. Por sí sola la conciencia no puede descubrir las consecuencias del hecho de pensar. La conciencia no capacita, sin más, al ser humano para adquirir o descubrir todo tipo de verdades.

Por otra parte, aunque Balmes cree que el testimonio de la conciencia es seguro, tiene por objeto un hecho particular o una vivencia, no el mismo «yo». El hecho de pensar y ser consciente de sí mismo es necesario pero el punto de partida del conocimiento no es el «yo que es», sino los hechos que surgen de la conciencia. De todas maneras, los hechos de conciencia no son fruto de la inteligencia y, por tanto, no tienen valor científico.

«La conciencia es un áncora no un faro; basta para evitar el naufragio de la inteligencia, no para indicarle el derrotero. En los asaltos de la duda universal, ahí está la conciencia que no deja perecer; pero si le pedís que os dirija, os presenta hechos particulares, nada más.

Estos hechos no tienen un valor científico sino cuando se objetivan, permítaseme la expresión, o bien cuando reflexionando sobre ellos el espíritu, los baña con la luz de las verdades necesarias.»⁵

Los hechos de la conciencia son un punto de apoyo pero la conciencia no puede descubrirnos más que hechos particulares. Es necesaria la objetivación a través de la percepción del objeto. Y para poder convertir lo subjetivo en objetivo debe intervenir la evidencia para presentarnos aquello que es externo al sujeto o al ser.

Sí acepta Balmes, contrariamente a lo que explicaba la filosofía escolástica o antes Aristóteles, la conciencia o lo que ésta descubre como punto de partida pero no como forma de verificar el objeto. Este punto de partida se acerca en algunos aspectos al pensamiento cartesiano pero no comulga con él en que la conciencia es capaz de llegar a

⁵ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. VII, n. 70

descubrir las verdades universales, las verdades científicas que se referirán al objeto y no al sujeto, limitando así la conciencia al descubrimiento únicamente de lo íntimo del ser.

«Aristóteles dijo: “nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en el sentido”; y las escuelas han repetido durante largos siglos el pensamiento del filósofo: “*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*”. Así los conocimientos humanos procedían de lo exterior a lo interior. Descartes vino a invertir este orden, pretendiendo que debía procederse de lo interior a lo exterior; (...)»⁶

Balmes no se resiste a incluir en su teoría del conocimiento la visión cartesiana en la que se debe proceder de lo interior a lo exterior, aunque tampoco niega los principios escolásticos. Por ello, parte de los hechos subjetivos, de los hechos de conciencia, para iniciar el camino hacia lo externo pero no admite el conocimiento íntimo del «yo» como punto de partida en tanto que se trata de un acto reflejo del cual no puede derivar desde su inicio la filosofía; porque el conocimiento del «yo» implica ya una reflexión. La filosofía del «yo» por sí mismo no permitiría la salida de la subjetividad y el conocimiento de lo que se manifiesta en el exterior del sujeto. Y así lo expresa:

«El acto reflejo no es más que el conocimiento de un conocimiento, o sentimiento, o de algún fenómeno interior sea cual fuere; y así toda reflexión sobre la conciencia presupone acto anterior directo. Este acto directo no tiene por objeto el “yo”; luego el conocimiento no tiene por principio fundamental el “yo”, sino como una condición necesaria (pues no puede haber pensamiento sin sujeto pensante), mas no como objeto conocido.»⁷

Se ve de nuevo en Balmes una posición no excluyente respecto a ninguna teoría, a pesar de su formación casi exclusiva a la luz de la escolástica y de la posición tomista. En ese sentido, Balmes se presenta otra vez como gran conocedor del impulso cartesiano en la filosofía y de las nuevas corrientes de pensamiento. Balmes es un

⁶ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro cuarto, cap. I, n. 2

⁷ *Ibid.*, libro primero, cap. VII, n. 73

innovador, aunque siempre fiel a sus convicciones. Rechaza todo fundamentalismo y dogmatismo extremo. En su filosofía se observa como es capaz de conjugar todo aquello que no puede rechazar con las nuevas tendencias; todo ello sin renunciar a sus principios morales y de fuerte carácter cristiano. Algunos autores le llegaron a criticar por eso, creyendo que así adoptaba una posición cómoda. Pero precisamente Balmes siempre se posicionó (como claro ejemplo, en el aspecto político y social); pero no se le podía clasificar en ninguna escuela de pensamiento concreto porque él era un filósofo independiente en todos los sentidos. De mente abierta, profundas convicciones y gran conocedor de todo tipo de teorías y posicionamientos, creo que su pretensión era llegar a la verdad utilizando el mejor método aunque ello tuviese que suponer el rechazo de una parte y de otra. Lo importante para él era hallar la forma correcta de llegar a ese conocimiento.

Para avanzar en el camino de la verdad de manera correcta y sin errores uno de los medios es la conciencia, entendida como principio o como criterio de verdad. Balmes cree que es un pilar básico, un punto de apoyo para la verdad. Aunque imprescindible, la conciencia necesitará de la mediación o intervención de otros criterios para ponerla en relación con lo externo y las verdades objetivas: la evidencia y el sentido común o instinto intelectual.

2.- Principio y criterio de conciencia

En la filosofía balmesiana encontramos la conciencia definida como principio y también como criterio. Para entender qué aspectos la determinan de una manera u otra creo que es necesario conocer la principal distinción que Balmes hacía entre principio y criterio. Mientras que el criterio es fuente de verdad, el principio no puede ser fuente de verdad sino sólo un punto de apoyo. Porque Balmes entiende el criterio como medio para conocer la verdad y la conciencia es uno de esos medios en tanto que se entienda como criterio, de ahí que pueda ser fuente de verdad.

En lo referente al principio, éste no puede ser fuente de verdad porque se trata de una «verdad fundamento» y entonces se trata de un punto de apoyo pero nunca una verdad de la cual emanen otras verdades. Por consiguiente, el rasgo distintivo entre principio de conciencia y criterio de conciencia es que de una primera verdad obtenida mediante el criterio emanarán otras verdades. En el caso del principio no porque éste es

cimiento o base de verdad, es decir, una verdad fundamento pero no una verdad fuente como en el caso del criterio.

Tradicionalmente, el término «criterio» se entendía como una norma que permite distinguir lo verdadero de lo falso. Pero Balmes va más allá y amplía su sentido cuando lo define como medio para conocer la verdad o incluso como fuente de donde mana el conocimiento de la verdad para el hombre. Parece ser que esta ampliación pueda ser debida a la visión más humanista de Balmes ya que define el criterio en relación al conocimiento de la verdad por parte del ser humano, no de una forma generalista para la distinción entre verdadero o falso. Incluye al hombre en su definición de forma implícita porque él, en realidad, lo dice así:

«Las fuentes de donde mana para nosotros el conocimiento de la verdad se llaman “criterios”; y es claro que, si no los conocemos, nos será imposible proceder con buen orden en la investigación de la verdad.»⁸

Sobreentendiendo aquí que cuando se refiere a «nosotros» implícitamente se está refiriendo al hombre, al género humano.

Centrándose en el criterio de conciencia, la define de la siguiente forma:

«La conciencia o sentido íntimo es la presencia interior de nuestras propias afecciones. Sentir, imaginar, pensar, querer, son afecciones de nuestra alma que no pueden ni siquiera concebirse sin la presencia íntima de ellas. ¿Qué sería el sentir si no experimentásemos la sensación? ¿Qué el pensar, si no experimentásemos el pensamiento? ¿Qué el querer, si no experimentásemos el acto de la voluntad? El sentido, la imaginación, el pensamiento, la voluntad, tododesaparece sin esta presencia íntima (...)»⁹

El sentir, el querer o el pensar se hallan presentes en el interior del ser humano; se trata de la conciencia directa. La conciencia refleja es el acto intelectual que se refleja sobre la directa y hace que el ser sea consciente de ese afección interna o ese sentimiento. Esto en cuanto al criterio de conciencia.

⁸ Balmes. *Filosofía elemental, Lógica*, libro tercero, cap. I, n. 302

⁹ *Ibid.*, libro tercero, cap. I, n. 303

Pero el principio de conciencia es definido por Balmes de forma diferente al criterio, como consecuencia de la distinción que él mismo hace entre principio y criterio., aunque los tres criterios fundamentales de verdad se correspondan con los tres principios fundamentales de verdad. Se considerarían los dos criterios restantes, el de los sentidos externos y el de autoridad, derivados de los tres criterios fundamentales porque surgen de la combinación de estos tres.

El principio de conciencia pertenece al orden de las verdades de conciencia y sirve de apoyo a la construcción de la teoría del conocimiento. Es uno de sus tres pilares básicos, sin el cual no podría subsistir la verdad. El principio de conciencia es fundamento o base pero la verdad pero no se trata de un principio único sino que ha de ser cimiento junto al principio de evidencia y al de sentido común. Cada principio es imprescindible pero todos son fundamentales en tanto que los tres tienen que existir y ninguno de ellos tiene preferencia sobre el otro porque cada uno de ellos es fundamental en su propio orden de verdad.

Los principios fundamentales son las primeras verdades del conocimiento humano. En el caso concreto de la conciencia, el principio se relaciona con el «*cogito*». La primera certeza es la existencia del ser porque si el ser no existiese no pensaría ni ejercería actividad alguna de conocimiento. Por tanto, este principio es indispensable para que se den el resto de principios; es evidente que si el ser no tiene conciencia de sí mismo y no piensa tampoco podrá ejercer la actividad intelectual que le permita reconocer la verdad a través de la evidencia o del sentido común.

Por todo ello, se podría hablar de varios elementos que caracterizan el principio de conciencia:

- No se puede fundamentar en otro principio aunque éste también se considere fundamental. Debe ser cimiento o base por sí mismo.
- La destrucción del principio de conciencia imposibilitaría la subsistencia de los otros dos principios. Ya se ha dicho que este principio es la base del mismo ser y sin la existencia del ser no es posible la sustentación de los otros dos principios.
- Sirve tanto en el orden de la certeza natural como de la reflexiva, es decir, sirve al ser humano y también al pensamiento científico o filosófico, como es el caso de todos los principios.

Podría parecer que el principio de conciencia tiene preeminencia sobre los otros dos. Pero esta hipótesis no es correcta en la medida que Balmes no busca un primer principio fundamental del que emanen los otros principios, sino que los define como sustento, base o cimiento, pilar junto a los otros. La preeminencia de un principio sólo se la otorga a Dios como origen y verdad primera, como principio fundamental por excelencia. Porque Balmes entiende los principios de verdad, incluido el de conciencia, como algo inherente al conocimiento humano, sirven como fundamento al conocimiento del hombre, no al de Dios.

«He aquí fijados y deslindados los caracteres de la conciencia y de la evidencia. La primera tiene por objeto lo individual y contingente; la segunda lo universal y necesario: sólo Dios, fuente de toda verdad, principio universal y necesario de ser y de conocer, tiene identificada la conciencia con la evidencia en sí propio: en aquel ser infinito que todo lo encierra, ve la razón de todas las esencias y de todas las existencias, y no les dable prescindir de sí mismo, del testimonio de su conciencia, sin anonadarlo todo. ¿Qué quedaría en el mundo, se dice la criatura, si tú desaparecieses? y se responde a sí misma: “todo excepto tú”. Si Dios se dirigiese esta pregunta, se respondería a sí propio: nada.»¹⁰

Entonces, en sentido estricto, existe un único principio universal en el que se unen conciencia y evidencia; y ese principio es Dios, del que emanan todos los principios, certezas y verdades puesto que Él es la verdad y la certeza absoluta, origen y fin de todo. Es el único principio universal que es también principio fuente porque puede serlo todo. Como refiere Balmes, es «fuente de toda verdad».

De forma diferente se han de considerar los principios fundamentales en el ámbito estricto de la humanidad. Estos no pueden ser fuente de verdad, son pilares básicos y fundamento en los que se sustenta la verdad pero ésta no surge de ellos.

Los principios son en realidad certezas en sí mismos. Porque es una certeza el principio de conciencia en tanto que se hace de cimiento o fundamenta la certeza del ser y la conciencia del ser en sí mismo. No por ello ha de servir de fundamento a los otros dos principios fundamentales, ya que estos son también punto de apoyo y certeza primera en su orden particular.

¹⁰ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, capítulo XV, n. 154

3.- De la relación de la conciencia con la verdad y la certeza

Balmes se plantea una cuestión primordial o indispensable para que el hombre pueda conocer la verdad y, finalmente, darla como cierta. La conciencia permite conocer al hombre realidades íntimas o subjetivas y en el principio de conciencia se apoya la teoría del conocimiento. Pero la conciencia por sí misma y sin otro apoyo no será capaz de alcanzar las verdades universales. Contrariando así el principio cartesiano, Balmes cree necesaria la conformidad de lo subjetivo con lo objetivo. El conocimiento científico únicamente será posible si se da ese reflejo de lo interno en lo externo. Pero esa relación de conformidad entre sujeto y objeto, ¿cómo es posible? Él mismo entiende como limitado el entendimiento humano pero el hombre tiene la gran suerte de haber sido creado por Dios a su imagen y semejanza; por ello, se refleja en el hombre esa luz infinita existente en el mismo Dios y ante el espíritu humano se podrán reflejar los objetos. De ahí que el ser humano esté capacitado para dar ese paso adelante en el camino del conocimiento universal, en el paso de lo subjetivo a lo objetivo, de lo interno a lo externo.

«Los dos problemas capitales: ¿de dónde nace la representación intelectual? ¿De dónde su conformidad con los objetos? Tienen entre nosotros una explicación muy sencilla. Nuestro entendimiento aunque limitado, participa de la luz infinita: esta luz no es la que existe en el mismo Dios, es una semejanza comunicada a un ser, criado a imagen del mismo Dios.

Con el auxilio de esta luz resplandecen los objetos a los ojos de nuestro espíritu; ya sea que la representación nos haya sido dada directamente por Dios a la presencia de los objetos.

La conformidad de la representación con la cosa representada, es un resultado de la veracidad divina. Un Dios infinitamente perfecto no puede complacerse en engañar a sus criaturas.»¹¹

Se observa de nuevo en el pensamiento balmesiano la idea sobre la primacía del Creador y, en el fondo, se presiente el profundo humanismo de Balmes porque el hombre es considerado ante Dios una criatura preeminente sobre las otras y es por ello que lo ha creado a su imagen y semejanza. Balmes se vuelve a ocupar del hombre en

¹¹ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. IX, n. 103

toda su trascendencia, porque la realidad del hombre y sus posibilidades van más allá de las del resto de criaturas. Eso lo permite su capacidad de raciocinio, de la cual también ha sido dotado por el Creador. De esta manera, la conciencia permite al hombre reafirmarse en una primera certeza: la existencia de Dios.

En todo caso, para el conocimiento es necesario «objetivar» los hechos de conciencia de alguna manera. Si los hechos de conciencia se quedan aislados en lo más íntimo sin poder obtener una representación objetiva serán meras verdades reales que no irán más allá del propio sujeto y no tendrán una extensión hacia fuera. Si no se externalizan esos hechos el conocimiento se torna imposible. De la misma manera, si el objeto no puede acercarse de alguna forma al hecho, también es improductivo, permanecerá en ese mundo lógico.

«La verdad ideal es aquella que sólo expresa relación necesaria de ideas, prescindiendo de la existencia de los objetos a que se refieren; luego resulta en primer lugar que las verdades ideales son absolutamente incapaces de producir el conocimiento de la realidad.

Para conducir a algún resultado en el orden de las existencias, toda verdad ideal necesita un hecho al cual se pueda aplicar. Sin esta condición, por más fecunda que fuese en el orden de las ideas, sería absolutamente estéril en el de los hechos. Sin la verdad ideal, el hecho queda en su individualidad aislada, incapaz de producir otra cosa que el conocimiento de sí mismo; pero, en cambio, la verdad ideal, separada del hecho, permanece en el mundo lógico, de pura objetividad, sin medio para descender al terreno de las existencias.»¹²

Entonces surge un planteamiento casi evidente: si la conciencia es el principio que nos acerca a los hechos de conciencia, a esas verdades íntimas, y la evidencia o el sentido común pueden acercarnos a lo palpable, es decir, a los objetos, tiene que existir un medio para poder conectar hechos y objetos, lo íntimo y lo externo. Por consiguiente, tiene que existir un punto de conexión entre verdades ideales y reales. Y ese punto de conexión es la conciencia, que actúa como principio fundamental, como punto de apoyo, como áncora que no permite que el entendimiento marche por el camino equivocado.

¹² Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XIV, n. 138

Por consiguiente, Balmes se posiciona aquí contra la línea de la escolástica: para el filósofo el conocimiento surgirá de lo interno pero las verdades que surgen de la conciencia, en tanto que verdades reales, se muestran insuficientes para que emanen de ellas todo el conocimiento.

Los hechos de conciencia carecen de validez científica por sí solos, necesitan de la «representación», deben pasar de ámbito del sujeto y extenderse al ámbito del objeto para que las proposiciones emitidas finalmente obtengan esa validez necesaria, ese carácter de verdad universal.

«Es claro que las verdades de conciencia son más bien hechos que se pueden señalar, que no combinaciones enunciables en una proposición. No es esto decir que no se puedan enunciar, sino que ellas en sí mismas prescinden de toda forma intelectual, que son simples elementos de que el entendimiento se puede ocupar ordenándolos y comparándolos de varios modos, pero que por sí solos no dan ninguna luz, que ellos por sí mismos nada “representan”, que sólo presentan lo que son, meros hechos, más allá de los cuales no se puede ir.»¹³

El principio de conciencia es punto de apoyo o fundamento pero no puede ser fuente de conocimiento de la que surjan otras verdades. Se ha visto en este mismo capítulo como los principios fundamentales requieren la presencia de otros principios fundamentales para sustentar el conocimiento universal: la evidencia y el sentido común.

Los hechos de conciencia son vivencias íntimas del sujeto que no pueden obtener esa representación necesaria en el exterior y hacerse extensivas al objeto. La conciencia, que no es fuente de verdad sino fundamento, deberá apelar a la evidencia como fundamento de verdad racional o necesaria. A pesar de intervenir la conciencia y la evidencia en el proceso de conocimiento, faltaría la seguridad necesaria para que esa representación objetiva de los hechos de conciencia se mostrase como verdad universal. Es ahí donde interviene el principio fundamental que nos restaba, el sentido común o instinto intelectual, el cual permitirá el traspaso final de lo subjetivo a lo objetivo, de la verdad racional a la verdad objetiva.

¹³ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XV, n. 150

A pesar de que conciencia, evidencia y sentido común o instinto intelectual son principios fundamentales o puntos de apoyo imprescindibles y necesarios en su conjunto, pudiera parecer que Balmes da cierta preeminencia a la conciencia cuando la describe como primer principio:

«Es necesario esforzarse en percibir con toda claridad lo que son los hechos de conciencia, lo que es su testimonio; pues sin esto es imposible adelantar un paso en la investigación del primer principio de los conocimientos humanos.»¹⁴

Pero Balmes no se refiere a la conciencia como primer principio del cual emana el conocimiento humano puesto que ya deja claro a lo largo de su obra que los principios no pueden ser fuente de verdad, los principios son punto de apoyo donde se sustenta la verdad. Y la conciencia es uno de los tres puntos de apoyo necesarios. La verdad (permítaseme la expresión) quedaría coja sin más punto de apoyo que ese. Creo reconocer que Balmes habla de primer principio como punto de partida o inicio del camino. Porque de la conciencia surgen esas verdades íntimas, esos actos connaturales al hombre, las verdades subjetivas. Pero sin los otros principios esas verdades subjetivas no se extenderían más allá de lo íntimo y carecerían de esa validez universal para la adquisición del conocimiento científico. De la misma manera, nada podría existir, en lo que al conocimiento se refiere, si no existiesen en primer lugar esos actos internos que nos descubre la conciencia.

«El primer punto de partida para dar un paso en nuestros conocimientos, es esta presencia íntima de nuestros actos interiores, prescindiendo de las cuestiones que suscitarse puedan sobre la naturaleza de ellos. Si todo existiese como ahora, y existiesen infinitos mundos diferentes del que tenemos a la vista, nada existiría para nosotros, si nos faltasen esos actos interiores de que estamos hablando.»¹⁵

Deja claro el pensador que de los hechos de conciencia, de lo más íntimo, surge el camino hacia el conocimiento, las verdades reales. Pero no pueden surgir las verdades universales, en tanto que la conciencia no es fuente de verdad.

¹⁴ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XV, n. 151

¹⁵ *Ibíd.*, libro primero, cap. XVII, n. 166

Por el contrario, la escolástica esgrimía la teoría contraria en este aspecto dejando claro que el inicio surgía del objeto que se extendía hacia el sujeto. Sin embargo, Descartes se quedaba en la conciencia como fuente de conocimiento. Balmes admite la conciencia como fundamento o base del conocimiento pero no se queda en ella porque faltaría esa representación necesaria. La conciencia es el primer paso pero no el único; lo subjetivo debe andar el camino hacia lo objetivo para poder hablar de verdades científicas o universales.

«Todos los trabajos ideológicos comienzan pues por la consignación del hecho de la conciencia de nuestras ideas; y no puede ser de otro modo con respecto a su certeza.»¹⁶

Son tres los principios fundamentales: conciencia, evidencia y sentido común. Ninguno de ellos puede ser fuente de verdad, sólo fundamento de ésta. Sólo puede existir un principio que sea punto de apoyo o fundamento al mismo tiempo para Balmes: Dios.

¹⁶ Balmes. *Filosofía fundamental*, libro primero, cap. XVIII, n. 177

A MODO DE CONCLUSIÓN

Mi primera pretensión al iniciar este trabajo era conocer algo más la figura de Balmes, lo que representa para la filosofía española y, sobre todo, su pensamiento. Hace ya tiempo que me cautivó una de sus obras: la *Filosofía elemental*. Sólo había leído algunos fragmentos de la *Ética* y de la *Metafísica* pero me sorprendió la sencillez y la coherencia con la que nos descubría sus teorías. Y es que si algo maravilla de Balmes es la aparente sencillez con la que maneja y explica su pensamiento. Cabe decir que luego entendí que era una obra adecuada para mí, en tanto que estudiante. Y es que Balmes había intentado explicar, a través de ella, la filosofía a los estudiantes. En este caso era elemental pero es que el resto de su obra también se rodea de ese halo de sencillez característico.

Desde ese momento me pregunté por qué conocía tan poco de este filósofo, quién era en realidad y qué otras cosas podría leer de él. De nuevo me sorprendió porque, a pesar de morir muy joven, tuvo tiempo para escribir una vasta obra y dedicarse a ámbitos diferentes: política, sociología, apologética, filosofía e, incluso, matemáticas. Tras leer algo más de él, artículos y libros sobre su pensamiento y su persona, creo haber entendido por qué su obra alcanza tal extensión y firmeza: porque si el pensador es firme en sus convicciones su obra también lo será. Y si el filósofo cree que el ser humano se debe entender en toda su amplitud también lo hace extensivo a toda su obra, que alcanza todos los niveles que pueden concernir al hombre. Así fue Balmes y el producto de su creación se nos muestra como un reflejo de su personalidad y de sus convicciones.

I

Siempre interesa conocer las circunstancias que rodearon la persona del filósofo, tanto a nivel personal como social, porque el entorno, la formación, la situación histórica y social suelen influir de manera notable en el pensamiento del autor y, creo que Balmes es un exponente claro al respecto.

La época que le tocó vivir (1810-1848) fue convulsa en España. Cabe recordar que en 1812 se constituyeron las Cortes de Cádiz y se abrió un proceso revolucionario en el estado que intentaba romper con el régimen absolutista, aboliendo el sistema

feudal y dando comienzo a las primeras desamortizaciones. Todo ello conllevaría, con posterioridad, que los años de vida de Balmes se convirtiesen en una época de gran inestabilidad política, de guerra, y de regencias, como explico al principio de este trabajo.

No me quiero extender aquí en disquisiciones históricas ni argumentaciones políticas porque no es el objetivo. Sólo pretendo hacer ver cuánto influyó esta situación en el pensamiento social y político de Balmes. Todo ello se puede apreciar en sus escritos.

Balmes era un hombre de posicionamientos y no de medias tintas. En ese sentido, sufrió críticas y también fue crítico desde su filosofía. Defendió el cristianismo como forma de vida y eso también incluía el ámbito político y social del ser humano.

Se formó en un ambiente austero y religioso desde la niñez y así fue toda su vida, tanto en la época de seminarista como en los aspectos personales. Los distintos autores, incluso algunos que le conocieron personalmente, le consideraban una persona humilde, enemigo de vanidades, austero, recto y de gran capacidad intelectual y mucha fuerza de voluntad. No le frenó nunca su larga enfermedad, la que le llevó a una muerte prematura y que siempre tuvo muy presente. Esa rectitud y fuerza de voluntad es la misma que preconiza Balmes en sus escritos, así como la continua referencia Dios, al orden moral y la religión como aspectos determinantes en la perenne lucha del ser humano por descubrir la verdad y transformar su realidad en conocimiento. Las siguientes palabras parecen resumir y reflejar su propia vida:

«El entendimiento sometido a la verdad; la voluntad, sometida a la moral; las pasiones, sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza.»¹

En el fondo se observa el Balmes más humanista, cuando aplica al estudio del hombre todos los aspectos de su vida que incluyen, como no podía ser de otra manera, lo trascendental, sus creencias.

¹ Balmes. *El Criterio*, cap. XXII, n. 60

Balmes no olvida la dimensión social del ser humano porque la vida humana es también vida social. La evolución supone un paso de lo simple a lo complejo, de lo único a lo plural, una tendencia a la agregación inscrita en la lógica de la vida. La conformación social de los hombres acaba influyendo en su propia evolución, en tanto que lo social es parte de la naturaleza humana. La sociabilidad es una característica propia del ser humano. A partir del carácter social del ser humano es cuando este toma verdadera conciencia de sí mismo como persona, al obtener la posible comparación con otra conciencia de sí, otro ser humano. Y sólo en el ámbito de la sociedad adquirirá el hombre su conveniente desarrollo.

En poco más de una década Jaime Balmes elaboró y publicó numerosas obras sobre temas trascendentales relacionados con los diferentes aspectos de la vida del ser humano: las creencias, las ideas y los sentimientos (religiosos, personales o políticos), así como las relaciones con los otros individuos. Ello demuestra que se trata de un autor profundamente humanista.

II

Teólogo y formado en el seno de la filosofía cristiana, gran conocedor del pensamiento tomista y de la escolástica, se evidencia la gran influencia que esta corriente filosófica tuvo en el desarrollo de su pensamiento. Pero Balmes no se puede tachar precisamente de excesivamente dogmático o de fundamentalista porque no sería acertado.

La línea del pensamiento balmesiano se fija en el hombre y en su objetivo que es la búsqueda de la verdad. Y a ello dedicó Balmes sus escritos filosóficos, en un intento de sistematizar y ordenar de forma coherente esa búsqueda de la verdad, siempre teniendo en cuenta la dimensión religiosa del hombre y el orden moral en el que se debe desarrollar el conocimiento. Asimismo, coincide con San Agustín en considerar a que Dios es la verdad misma y que sin esta verdad original no podrían existir el resto de verdades, por lo que el hombre se verá imposibilitado para conocer la verdad si no conoce a Dios. Pero en la lucha del hombre por seguir el recto camino hacia la verdad el método tiene que ser adecuado y Balmes admite la incorporación del medio que mejor haya de servir al ser humano en ese objetivo, aunque no provenga exclusivamente de la filosofía cristiana.

El mismo Balmes definió *El criterio* como «un ensayo para dirigir las facultades del espíritu humano por un sistema diferente de los seguidos hasta ahora.»².

También fue gran conocedor de las renovadas líneas de pensamiento posteriores a la escolástica y asumió, reformándolos y orientándolos de manera diferente, algunos preceptos de corrientes surgidas de la Ilustración. Balmes valora el interés de Descartes por el conocimiento de la verdad, que se iniciaría a través de la conciencia. Parece, pues, coincidente con Descartes en iniciar el camino en ese «yo pienso».

Pero Balmes no admite la conciencia como único criterio de verdad, ésta es necesaria pero deberá ir acompañada de otros criterios como la evidencia y el sentido común. Mientras que el principio cartesiano admitiría la conciencia conocimiento en sí mismo, Balmes considera que ese pensamiento debe relacionarse con lo externo y, por tanto, la conciencia no puede establecer esa relación sin la colaboración de la evidencia y del sentido común o instinto intelectual.

La aceptación de alguno de los principios cartesianos implica la introducción de algunas ideas que no podrían ser aceptadas nunca por la escolástica. Tampoco sería aceptado por esta corriente el sentido común como principio o criterio de verdad. De esta manera, se demuestra la tesis de que Balmes no se puede definir como escolástico, aunque su filosofía se vea influenciada por esa corriente. Balmes se torna independiente e innovador.

Algunos autores también han hablado de la relación de Balmes con Buffier y con la filosofía escocesa del sentido común. El mismo Balmes habla de Buffier a quien relaciona directamente con la filosofía escocesa, aunque no pertenezca de hecho a esa corriente. Esa relación proviene del término «sentido común» y existe, aunque con salvedades. Se puede encontrar una equivalencia entre Balmes y Buffier cuando el primero distingue entre «verdades reales» y «verdades ideales» y el segundo entre «verdad interna» y «verdad externa». Pero la gran diferencia entre ambos se encuentra en que mientras para Buffier el sentido común puede valerse por sí solo para conocer de las verdades externas, Balmes entiende que el sentido común necesita de los otros criterios de verdad porque aunque es un principio imprescindible debe acompañarse de la conciencia y la evidencia. No puede haber conocimiento sin esa relación entre lo subjetivo y lo objetivo.

² Balmes. *El Criterio*, prólogo, p. XIV

El «sentido común» es una capacidad propia del hombre que le permite descubrir esas verdades que se le ocultan a través de la conciencia o la evidencia. En ello Balmes coincide con la escuela escocesa del sentido común. Pero la gran diferencia vuelve a ser, en este caso, que el sentido común no puede abordarse de forma independiente respecto a la conciencia o a la evidencia. Se presenta de nuevo el humanismo balmesiano: si las facultades del hombre no se pueden entender por separado unas de otras, tampoco los principios o criterios para llegar al objetivo último del ser humano pueden ser contemplados de forma independiente los unos de los otros. Se debe entender el hombre como un «todo».

Por todo ellos, se puede concluir admitiendo que Balmes es un pensador innovador e independiente en el sentido que no puede ser adscrito a ninguna escuela o corriente de pensamiento. Porque Balmes, como gran pensador, es conocedor de las distintas escuelas y lo único que pretende es escoger lo válido y bueno que cada una de ellas le ofrece, compaginando así su formación en los valores morales de la fe cristiana con los valores propios del razonamiento estrictamente científico.

Balmes toma como referencia y fuente para el ordenamiento que él pretende hacer del conocimiento diferentes postulados y le llevan a crear un método y una filosofía propia que podríamos entender como una visión filosófica siempre teniendo en cuenta lo más trascendental del ser humano que son las creencias. De esta manera, se puede entender a Balmes como «filósofo de la religión».

III

El centro del pensamiento balmesiano se encuentra en el ser humano entendido a través de sus capacidades que deben ser estudiadas en su conjunto y nunca de forma independiente; porque el ser humano se conforma a través de diferentes perspectivas que no pueden ser separadas entre sí, como tampoco pueden entenderse de forma autónoma los principios fundamentales de certeza y verdad. Fruto de esas capacidades de las que goza, el hombre se marca el objetivo final de encuentro con la verdad.

Como he dicho, el hombre se convierte en el centro del pensamiento balmesiano pero la certeza es el eje que vertebra toda la teoría del conocimiento en torno al ser humano, según Balmes. El filósofo llega a afirmar que la existencia de la certeza no se puede discutir y que la filosofía se debe preocupar de explicarla y no dudar de ella.

La primera certeza es Dios y para Balmes se convierte en un hecho irrefutable en tanto que certeza. También entiende a Dios como Verdad, en mayúsculas porque es la Verdad absoluta, origen y fin de todo el recorrido del hombre desde su primer pensamiento hasta el final del camino en esa búsqueda de la verdad. Se observa aquí de nuevo como el filósofo parte de una visión cristiana de la filosofía. La certeza se refiere a la existencia de Dios mientras que la Verdad absoluta hace referencia al origen y final del ser humano, también Dios. Dios es, por tanto, certeza en cuanto a su existencia y Verdad como creador de la naturaleza del ser humano.

Balmes distingue entre certeza y verdad, aunque en cierta manera no dejan de ser una misma cosa. Para Balmes, la certeza asevera esa verdad, digamos que la ratifica. Y la «verdad» la equipara con «realidad de las cosas».

También hace una distinción entre «certeza natural» y «certeza filosófica», la primera basada en la capacidad propia del ser humano y la segunda que es fruto de la reflexión. Existen otros tipos de certeza: metafísica, física, moral y de sentido común que el mismo Balmes define. Pero se recrea especialmente en esa primera dualidad entre certeza natural y certeza filosófica. Surge de nuevo el Balmes más humanista al dar preeminencia al hombre. La certeza natural precede a la certeza filosófica y esa certeza natural es un don que posee el ser humano y es consecuencia de su propia naturaleza. Balmes entiende que el ser humano es un ser especial dentro de la creación porque Dios lo ha dotado de esas características propias que lo conducen hacia al conocimiento. Y esa certeza natural es el desarrollo de las facultades del espíritu. Se entiende al hombre como único ser capacitado para dirigirse hacia la verdad final. La certeza filosófica es posterior porque debe surgir de la reflexión y, por eso, el hombre tiene cierta preeminencia sobre el filósofo. Hablo de preeminencia aunque quizás no sea el término que más se ajuste porque quiero entender lo que Balmes siente cuando se posiciona prioritariamente al lado del hombre y no del filósofo. Porque lo primero es el hombre y a esa capacidad humana no puede renunciar nunca el filósofo que primero es ser humano, participa en primer lugar de esa certeza natural y en segundo lugar de la certeza filosófica que es consecuencia de la capacidad reflexiva que, de todas maneras, es también una capacidad propia del ser humano.

Balmes nos ofrece otras tipologías de verdad con sus correspondientes divisiones, por ejemplo cuando diferencia las verdades reales (o aquellas verdades

referentes al orden de la existencia) y las verdades ideales (fruto de la relación entre las ideas). O la división entre verdades subjetivas, verdades racionales y verdades objetivas que se corresponderían en el mismo orden con verdades de sentido íntimo, verdades necesarias y verdades de sentido común. Las verdades subjetivas son de sentido íntimo porque no pueden ir más de allá de lo interno o subjetivo y se trata de verdades que son descubiertas por medio de la conciencia. En cambio, el sentido común se ocupa de lo objetivo, es el medio para llegar a la verdad a través del objeto y, por consiguiente, descubre verdades objetivas.

Los tres medios para conocer la verdad son conciencia, evidencia e instinto intelectual o sentido común. Estos medios son lo que Balmes entiende por criterios o principios. Por ello cabe la pregunta por la diferencia entre criterio y principio. Ello se relaciona con lo que el filósofo denomina verdades «fuente» o «semilla» y verdades «fundamento» o fundamentales. Una verdad podrá ser fuente o fundamento pero nunca las dos a la vez, porque esa duplicidad se halla reservada al Creador que es la única fuente y fundamento de toda verdad. Los principios son entendidos como verdades «fundamento» que es lo mismo que puntos de apoyo de toda verdad; no pueden ser entendidos cada uno de forma independiente respecto a los otros dos porque todo inicio en el camino hacia la verdad se debe apoyar en los tres; de ahí que sean fundamentales en tanto que no pueden hallar la verdad cada uno por sí mismo. El camino hacia la verdad debe tener su origen en esos principios que son cimiento dentro del orden moral que siempre debe existir. Por el contrario, los criterios se distinguen por ser medios y verdades «fuente» al emanar de cada uno de ellos un tipo de verdad.

Son principios de verdad y, en consecuencia, verdades «fundamento» la conciencia, la evidencia y el sentido común. Los principios tienen sus equivalentes como criterios fundamentales o verdades «fuente», también conciencia, evidencia y sentido común. Pero en el caso de los criterios se les añaden otros dos criterios de los que Balmes habla poco: los sentidos externos y el criterio de autoridad.

Se refiere también Balmes a las dificultades que se le plantean al ser humano en el acceso a la verdad, que se ponen en evidencia en el momento de llevar a la práctica el entendimiento humano. Pero ante esas dificultades plantea algunos de los medios que pueden ayudar al hombre a superar esos obstáculos o dificultades en su camino hacia la verdad. Se refiere aquí al obrar del hombre, a la praxis de la teoría del conocimiento.

Uno de los principios fundamentales en lo que se basa el conocimiento humano lo hallamos en la conciencia. Aquí Balmes supera el *cogito* cartesiano en la medida que las verdades de conciencia o de sentido íntimo también se refieren al «yo» del ser humano pero el conocimiento científico no se puede basar únicamente en los hechos de conciencia, sino que debe superar lo subjetivo y debe relacionarse con el objeto. Descartes no salía de la conciencia y Balmes critica esa postura ateniéndose a esa falta de relación entre sujeto y objeto imposible sólo a través de la conciencia. Y es que la conciencia no se encuentra capacitada para salir al exterior porque aquí ya tiene que darse un proceso de reflexión que no es de su competencia.

La conciencia permite conocer al hombre realidades íntimas o subjetivas y en el principio de conciencia se apoya la teoría del conocimiento. Pero la conciencia por sí misma y sin otro apoyo no será capaz de alcanzar las verdades universales. La conciencia es el principio que nos acerca a los hechos de conciencia, a esas verdades íntimas, y la evidencia o el sentido común pueden acercarnos a lo palpable, es decir, a los objetos, tiene que existir un medio para poder conectar hechos y objetos, lo íntimo y lo externo. El conocimiento surge, por tanto, de lo interno y se extiende hacia lo externo (invierte así el proceso con respecto a la escolástica). Los hechos de conciencia carecen de validez científica por sí solos, necesitan de la «representación», deben pasar del ámbito del sujeto y extenderse al ámbito del objeto para que las proposiciones emitidas finalmente obtengan esa validez necesaria, ese carácter de verdad universal.

Los hechos de conciencia son el primer paso en el camino del conocimiento y como tales Balmes da cierta prioridad al principio de conciencia sobre el resto de principios de verdad. Pero no se debe confundir esa preeminencia como una consideración del principio de conciencia como un principio fuente del que emanen los otros dos principios; se entiende el principio de conciencia únicamente como el primero en el orden del conocimiento pero de todas formas son necesarios los principios de evidencia y de sentido común. En caso contrario, no sería posible el acceso a las verdades universales puesto que la conciencia no es fuente de verdad, no puede ser punto de apoyo o fundamento y fuente a la verdad porque esa dualidad en sí mismo ser le reserva Dios como fuente y fundamento de toda verdad.

IV

En este último apartado sólo quiero destacar algunas cosas que me ha sugerido a mí, de forma totalmente personal, el pensamiento de Balmes. En primer lugar, creo que me ha servido para prestar más atención a algunos rasgos característicos del conocimiento a los cuales no hubiese atendido anteriormente. Sí creo que hubiese entendido el conocimiento como poseedor de una estructura o sistematización y que debe llevar un proceso determinado. Pero seguramente no se me hubiese ocurrido concebirlo como un todo unitario, en el cual tienen sentido cada uno de los elementos que componen el conocimiento. De esta forma, a pesar de ser consciente en parte de su estructuración no me hubiese fijado en los diferentes elementos. Quizás anteriormente sí hubiese entendido que se trata de un hecho basado en la relación sujeto y objeto, entre lo interno y lo externo. Balmes me ha ayudado a pensar en ello.

Por otra parte, aunque Balmes se trate de un filósofo poco estudiado que, en algunos círculos, se considera incluso caduco no me resigno a pensar así después de haber conocido algunos rasgos de su pensamiento. Se deben entender, por supuesto, sus orígenes y situarlo en su época, muy diferente a la actual. Pero en el fondo fue un innovador que se manejó a través de la filosofía de forma independiente y segura. Y es que ese humanismo que desprende o esa visión cristiana son conjugadas de forma magistral por él. Al fin y al cabo es poner de acuerdo fe y razón, atendiendo así a todos los aspectos del hombre. Y mi pregunta es: ¿no sigue en vigor actualmente esa pugna entre fe y razón? ¿Acaso no intenta el hombre conocer la verdad?

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Balmes

Balmes, Jaime. *Filosofía Fundamental*. Red Ediciones S.L. Colección Pensamiento Linkgua. Barcelona, 2011. ISBN: 978-84-9816-143-4

------. *Filosofía elemental. Ética*. Ediciones Ibéricas. Colección La Crítica Literaria. Madrid, 2010. ISBN: 978-84-7083-184-3

------. *Filosofía elemental. Lógica*. Ediciones Ibéricas. Colección La Crítica Literaria. Madrid, 2010. ISBN: 978-84-7083-185-0

------. *Filosofía elemental. Metafísica*. Ediciones Ibéricas. Colección La Crítica Literaria. Madrid, 2010. ISBN: 978-84-7083-186-7

------. *El Criterio*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 2011. ISBN: 978-84-220-1545-1

------. *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. Imprenta del Diario de Barcelona. Décima edición. Barcelona, 1921.

------. *Cartas a un escéptico en materia de religión*. Versión electrónica extraída de la página web: http://www.dfists.ua.es/~gil/cartas_a_un_escptico.pdf

------. “Vindicación personal”. *El Pensamiento de la Nación*. Madrid. Número 133 (1846). Págs. 513-524. Artículo extraído de la página web: <http://www.filosofia.org/hem/184/e/n/1846513.htm>

Diccionarios

J. Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía*. Círculo de Lectores. Barcelona, 2004. (Ed. J.M.Terricabras, 4 vol.) ISBN: 84-226-8964-2 (OC)

Fernández, Aurelio. *Diccionario breve de Teología Moral*. Editorial Monte Carmelo. Burgos, 2007. ISBN: 978-84-7353-052-8

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Recurso electrónico en: <http://www.rae.es/rae.html>

Otros libros

Anglès Cervelló, Misericordia. *Els criteris de veritat en Jaume Balmes*. Editorial Balmes. Barcelona, 1992.

AA.VV. *Moral de la persona*. EUNSA. Pamplona, 2006. ISBN: 84-313-2419-8

Forment, Eudald. *La filosofía de Santo Tomás de Aquino*. EDICEP. Colección: compendios para estudios teológicos. N. 16. Primera edición. Valencia, 2003. ISBN: 84-7050-711-7

Fraijó, Manuel. *Filosofía de la religión. Estudios y textos*. Editorial Trotta. Madrid, 2005. Tercera edición. ISBN: 84-8164-489-7

García de los Santos, Benito. *Vida de Balmes, extracto y análisis de sus obras*. Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte. Madrid, 1848. Formato electrónico que se encuentra en:

http://books.google.fr/books?id=w10_AAAAIAAJ&printsec=frontcover&hl=fr#v=onepage&q&f=false

Juan de Sahagún Lucas. *Fenomenología y filosofía de la religión*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1999. ISBN: 84-7914-415-7

Roca Blanco, Dionisio. *Santo Tomás de Aquino*. Ediciones del Orto. Colección Filósofos y Textos. Primera edición. Madrid, 1994. ISBN: 84-7923-027-4

Santo Tomás de Aquino. *Sobre la verdad. Cuestiones disputadas sobre la verdad*. Biblioteca Nueva. Colección Clásicos del Pensamiento. Madrid, 2003. ISBN: 84-9742-100-0

Suances Marcos, Manuel. *Historia de la Filosofía Española contemporánea*. Editorial Síntesis. Madrid, 2006. ISBN: 84-9756-972-9

Revistas

Álvarez García, J. “La constitución del sujeto en San Agustín”. *Burgense. Collectanea Scientifica*. Ed. Facultad de Teología del Norte de España. Sede de Burgos. Número 48/2 (2007). Págs. 465-490. Impreso.

Anglès Cervelló, Misericordia. “Seny i sentit comú en Jaume Balmes”. *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*. Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Filosofia. Nº 24 (1995). Págs. 99-118. ISSN: 0211-402X

----- “Sentit comú i vida pràctica: un esclariment de la multiplicitat significativa de la noció «sentit comú»”. *Convivium. Revista de Filosofia*. Universitat de Barcelona. Facultat de Filosofia. Nº 3 (1992). Págs. 23-37. Impreso.

Casanovas, Pompeu. “Dialéctica i humanisme en el pensament de Balmes”. *AUSA*. Patronat d’estudis osonencs. XXV – 167 (2011). Págs. 68-80. ISSN: 0210-5853.

Forment Giralt, Eudaldo. “Balmes y el criterio para filosofar”. *Anuario Filosófico*. Vol. 30, Nº 59 (1997). Págs. 531-560. ISSN: 0066-5215

García, Fidel. “Balmes filósofo. Su personalidad y significación”. *Pensamiento. Revista de investigación e información filosófica*. Vol. 3, Número Extraordinario 1947. Dedicado a: Balmes en el primer centenario de su muerte (1848-1948). Págs. 5–29. ISSN 0031-4749. Impreso.

Grau Arau, Andreu. L’evolució de les doctrines en la Història de la filosofia de Jaume Balmes”. *AUSA*. Patronat d’estudis osonencs. XXV – 167 (2011). Págs. 98-127. ISSN: 0210-5853

López Abellán, M^a Teresa. La modernidad de la filosofía de Balmes: sentido común y praxis. *Anuario filosófico*. Universidad de Navarra. 19:2 (1986). Pág. 173

Prieto Escudero, Germán. “Balmes, sociología y política”. *Revista de estudios políticos*. Centro de estudios políticos y constitucionales. Nº 194 (1974). Págs. 107-124. ISSN: 0048-7694

----- “Balmes o la prioridad de lo sociorreligioso sobre lo políticoeconómico”. *Revista de estudios políticos*. Centro de estudios políticos y constitucionales. Nº 182 (1972). Págs. 159-180. ISSN: 0048-7694

Rámírez Sarrió, Dídac. “La veritat és la realitat de les coses”. *Anuari de la Societat Catalana de Filosofia. Revista de Filosofia*. Nº 20 (2009). Págs. 19-34. ISSN: 1130-4383

Riera, Camilo. “Importancia de Balmes como filósofo”. *Pensamiento. Revista de investigación e información filosófica*. Vol. 3, Número Extraordinario 1947. Dedicado a: Balmes en el primer centenario de su muerte (1848-1948). Págs. 30-38. ISSN 0031-4749. Impreso.

Roca Blanco, Dionisio. “Deber moral y amor en la ética balmesiana”. *Anales del seminario de historia de la filosofía*. Universidad Complutense de Madrid. Extra (1996). Págs. 347-361. ISSN: 0211-2337

----- “Aproximación a una «axiología balmesiana»”. *Anales del seminario de historia de la filosofía*. Universidad Complutense de Madrid. Vol. 25 (2008). Págs. 355-367. ISSN: 0211-2337

Ruiz-Giménez Cortés, Joaquín. “Balmes y el sentido de la libertad”. *Revista de estudios políticos*. Centro de estudios políticos y constitucionales. Nº 120 (1961). Págs. 13-54. ISSN: 0048-7694

Terricabras, Josep Maria. “Balmes i la filosofia, dos-cents anys després”. *AUSA*. Patronat d’estudis osonencs. XXV – 167 (2011). Págs. 82-96. ISSN: 0210-5853

Villegas, Clemente. “La filosofía moral de Balmes”. *Pensamiento. Revista de investigación e información filosófica*. Vol. 3, Número Extraordinario 1947. Dedicado a: Balmes en el primer centenario de su muerte (1848-1948). Págs. 253-268. ISSN 0031-4749. Impreso.

Tesis doctorales

Roca Blanco, Dionisio. *Praxis humanística trascendente en J. Balmes. Gnoseología y axiología*. Leída en Universidad Complutense de Madrid. 1993

Veganzones Rueda, Jesús. *El pensamiento de Balmes: dimensiones antropológicas, sociológicas y educativas*. Leída en Universidad Complutense de Madrid. 1992

Blázquez Bejarano. M^a Esther. *Aspectos básicos de la mentalidad sociológica de Jaime Balmes*. Leída en Universidad Complutense de Madrid. 1998

Otros recursos

Bonilla y San Martín, Adolfo. “La teoría de la verdad en Balmes: discurso leído por D. Adolfo Bonilla y San Martín el 9 de julio de 1923 en la fiesta conmemorativa celebrada en Vich”. Tipografía balmesiana. Vic, 1923. Recurso electrónico encontrado en la colección digital de la Biblioteca Nacional de España: <http://catalogo.bne.es/uhtbin/cgisirsi/M5SEdf5tH0/BNMADRID/236490100/1/92/X>

Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. Versión electrónica que se ofrece a través del enlace: <http://biblioteca.campusdominicano.org/suma.htm>